Acad. Esp.
II - 118

# DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

# REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL EXCMO. Y RVMO. SEÑOR

## DR. D. LEOPOLDO EIJO GARAY

OBISPO DE MADRID-ALCALÁ

EL DÍA 22 DE MAYO DE 1927

MADRID
TALLERES «VOLUNTAD»
SERRANO, 48
1927

Q 40762

# DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

# REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL EXCMO. Y RVMO. SEÑOR

## DR. D. LEOPOLDO EIJO GARAY

OBISPO DE MADRID-ALCALÁ

EL DÍA 22 DE MAYO DE 1927

BIBLIOTECA · REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

MADRID
TALLERES «VOLUNTAD»
SERRANO, 48
1927

# DISCURSO

DEL EXCMO. Y RVMO. SEÑOR

## DR. D. LEOPOLDO EIJO GARAY

OBISPO DE MADRID - ALCALÁ

Señores Académicos:

Nunca he sentido tan viva y dolorosamente la escasez de mi ingenio y mi pobreza literaria como en esta ocasión, la más solemne, en lo humano, de toda mi vida; ¿qué menos podría yo desear que encontrar frases adecuadamente expresivas de mi gratitud por la altísima merced que me otorgáis trayéndome a vuestro lado, al seno de esta gloriosa Corporación, de mi anonadamiento cuando de la contemplación de vuestros méritos paso la vista a mí mismo, y—¿por qué ocultarlo, si es una verdad que llena mi alma?—de mi gozo al recibir de vuestras manos el más esclarecido galardón que nuestra Madre España tiene para los amantes y cultivadores de sus letras?

Pero mi alegría, con ser tanta que supera a la de mis más dorados ensueños, viene enlutada. En vano buscan mis ojos la noble, gallarda y venerable figura que sólo con su presencia, cuanto más con su palabra y su dirección, era subidísima prez y superior ornato de esta Academia; no resonará ya más en mis oídos la voz, que tantas veces generosamente me dió ánimo, y como si fuese poco ese sentimiento de orfandad que, sin duda, compartís conmigo, me aterra la idea de venir a ocupar un sillón que irreparablemente ha de parecer siempre vacío. Tan incapaz me veo de ocupar el puesto a que vuestra bondad, señores Académicos, me ha traído, que por mi gusto habría dilatado por mucho tiempo el venir a tomar posesión de él; y eso, no ya para evitar el contraste, pues a nadie se le ocurrirá establecer parangón, sino para evitaros, o a lo menos retrasaros, el dolor de esta remembranza. Mas, ¿qué conseguiría, si vuestro dolor ha de ser más duradero que mi vida, si antes moriré yo que vuestro agradecido recuerdo, y el tiempo, por mucho que pase, lejos de lograr que se atenúe el sentimiento por tan irreparable pérdida, ha de avivarlo más y más, agigantando la figura de D. Antonio Maura?

Tan notoria, tan palmaria y evidente es mi insuficiencia para ser contado en vuestro número, y más aún para tomar asiento en el sillón vacante por su llorada muerte, que están de más las acostum-

bradas, y hasta diré protocolarias, frases de modestia; emplearlas parecería reducir este caso a los ordinarios y corrientes, lo cual es cierto que exaltaría inmerecidamente mi calidad, elevándola al nivel de lo que aquí es ordinario; pero no sería sin mengua en el aprecio de la singular y gigantesca figura de D. Antonio Maura, águila caudal, a quien la divina providencia destinó para las más altas cumbres, lo mismo en las letras que en el foro, en la gobernación del Estado que en la ejemplaridad perfecta de su vida de hogar, en su palabra y en su acción, en los amores y en los odios de que fué hecho blanco.

Consagrado a la carrera de las Leyes, alcanzó en ella la meta más gloriosa, acreditándose de escrupulosísimo abogado, cuya norma —como él decía—era defender no a quien tuviera dinero, sino a quien tuviera razón; de integérrimo sacerdote de la ética, de la moral, que debe vivificar la letra de la ley en todas sus interpretaciones y aplicaciones prácticas; y de jurisconsulto tan profundo en conocer y diestro en manejar los textos y doctrinas legales, que gozan sus dictámenes de extraordinaria autoridad, hasta el punto de ser hoy invocados, a estilo de los *responsa prudentium*, en los Tribunales de Justicia.

Conocía todas las orientaciones, direcciones, tendencias y escuelas del pensamiento jurídico en nuestra época, pero mantúvose siempre fiel sostenedor del concepto fundamental del Derecho, que, por ser tradicional en nuestra patria, le daba entronque con nuestros gloriosos juristas de antaño, maestros del mundo entero. "Los creyentes—decía—no podemos separar, no acertamos ni a concebir separada la ley moral de la ley cristiana, de la ley revelada, de todo lo que para nosotros integra el concepto de la vida y de sus fines" (1). Arrancando de tan roqueña base, quería él ver desenvuelto en "estatutos concertados, claros, previsores y serenos" el pensamiento generador de cada ley, y "mantener en el conjunto de las leyes positivas la armónica solidaridad y el esmerado engranaje, sin los cuales mil veces queda triturada la justicia e inmolado el derecho individual" (2). Así concebía él la función legislativa, a cuya preparación técnica durante tanto tiempo y con tanta asiduidad e intensidad vivió consagrado como presidente de la Comisión de Códigos.

Otro aspecto importantísimo de su vida fué su actuación en la política nacional: sus excelsas dotes, y no ambición ni bastardo afán de mando y preeminencia, lo llevaron a la más alta cumbre de la

autoridad política; a veces tomó las riendas del Poder, no ya requerido, sino requisado por la Corona. Su labor fué honda, variada y fecundísima en reformas trascendentales, realizadas unas, rechazadas otras, no sin doloroso quebranto para la patria, mientras que muchas más le quedan a España como herencia del gran hombre de Estado, esperando sazón y oportunidad.

Austero hasta la renunciación de toda granjería; elevado y digno hasta el menosprecio del aplauso de las muchedumbres, para tantos grandes hombres tentadora sirena, que embriaga y anega y arrastra en la corriente, convirtiendo en víctimas de sus errores, obcecaciones e inconsciencias a quienes, de no claudicar ante el halago, habrían podido ser venturosos caudillos conductores del pueblo; monárquico de acrisolada lealtad, sin menguar jamás ni en su fervorosa adhesión, ni en la pleitesía de sus respetos, ni en el íntegro tributo de sus servicios; patriota abnegado, no temporero de las horas de exaltación frenética, sino constante, de cada día, de cada hora, de toda una vida que, atenta a los requerimientos de los siglos pasados, se ocupa en forjar el porvenir de gloria que a las naciones deben preparar sus hijos; tan desligado, tan alejado vivió y tan por encima de las usanzas políticas entonces en boga, que era corriente el achacarle que "vivía en las nubes". "Como si yo me hubiese pasado la vida haciendo sonetos", decía él festivamente, replicando a esa frase. No, no se pasó la vida en lucubraciones irreales, vanas e infructuosas, sino en trabajos de positiva eficacia y grandísima utilidad; pero con tal rectitud de miras y de procedimientos, con tal elevación sobre cuanto le rodeaba, que ni el malsano ambiente de corruptelas, medros y logrerías, ni el pantanoso suelo de componendas y compadrazgos, ni la tupida red de compromisos y cohechos, que en toda la humanidad suele ser el pan de cada día de la vida política, ni las injurias mismas lanzadas contra él, mancillaron su nombre inmaculado ni deslucieron el común concepto de su austeridad y honradez.

Tan vigorosas eran sus alas y tan levantado su vuelo, que ni los errores de quienes no sabían apreciarlo, ni los suyos propios, que los tuvo—¿y quién, con una vida tan activa y fecunda, se viera libre de ellos?—, ni aun el desencadenamiento de las más enconadas pasiones, pudieron evitar que alcanzara la cumbre de la más alta y entusiástica admiración, donde lo azotó el huracán de los más desaforados odios políticos que en nuestra historia moderna se registran; el puñal y las balas le arrancaron el único tributo que aún no había

rendido al Trono y a España: el de su sangre, vertida en aras de sus deberes públicos.

En política llegó a ser mucho más que el gran caudillo de un gran partido; excedió de ese marco, que ordinariamente es el supremo, y creó un movimiento de pública opinión que, por tener más de ético y nacional que de reclutamiento político, mala y difícilmente podría concretarse en cuerpo y organización de partido, y más bien fué legión social llena de entusiasmos y levantadas aspiraciones, cuya norma era la austeridad, el patriotismo, el espíritu de orden, legalidad, autoridad y energía, de que a los ojos de toda España y de todo el mundo era modelo D. Antonio Maura.

Los trazos de su figura física, fuertes, gallardos y recios, denotaban toda la pujanza, tenacidad, vigor y rectitud de su espíritu; su entendimiento poderoso, su clarividencia genial, su cultura, su experiencia, su mirada encumbrada, serena y justiciera en medio del frenesí de los que le seguían y de los que le hacían frente; el decoro de su lenguaje y la nitidez de su moral inmaculada, le revistieron entre sus contemporáneos todos de la máxima autoridad, y con ella conservó siempre fragante en su alma esa flor del cielo que tan fácilmente deshojan las crueles inclemencias de la vida o los abrasadores soles de la próspera fortuna, y que en Maura no marchitaron ni los trabajos, ni los sacrificios, ni engreimiento alguno por las adoraciones, ni el desabrimiento de los desengaños, ni las amarguras de la injusta persecución: la bondad sencilla, noble, cristiana; bondad que nos conmovió a todos cuando, llegado "el término de la gestación de la vida futura", como él llamaba a la muerte, supo España entera que a la cabeza de su testamento, cual lo que más le importaba, pedía humildemente perdón.

¡Tristemente memorable para España la fecha de su muerte, y sólo para él venturosa y feliz! Esa piadosa amiga, que rompe las cadenas de la prisión terrenal para que vuele el alma al inmortal seguro, enviósela Dios con muestras de privilegio, sin decaimientos, dolores ni angustias corporales, pero fervorosamente preparado su espíritu. Recién confesado y comulgado salióse al campo a contemplar y copiar a la acuarela las bellezas naturales, que tal era el delicado y noble esparcimiento predilecto de su ánimo.

En las primeras estribaciones de nuestra sierra del Guadarrama, en lo alto de un cerro, álzase señorial mansión de artístico gusto y recia fábrica, construída por el conde de las Almenas para llevar en

plácido y sabroso retiro, entre valiosas obras de arte y acompañado de escogidos libros, una vida más espiritual que terrena. Los alrededores de la casa, mejor la llamaría castillo, son un trozo típico de la sierra. Cantos enormes, viejos peñascos, alisados por el batir secular de las lluvias, manchados de aterciopelado musgo, abrazados por hiedras, madreselvas y enredaderas multicolores, y coronados de jaras, enebros y chaparros, en que son fecundas sus quiebras y roturas, levantan sus calvas sobre el verde fondo de las copas de encinas, alcornoques, fresnos y castaños, plátanos y acacias, pinos y eucaliptos; no sabe la vista en dónde detenerse más complacida, si en las matas de romero, mejorana y cantueso, que verdean por abajo y embalsaman el purísimo ambiente, o en las cañarejas del arroyuelo, o en la lozanía gallarda de cedros y laureles, para desde ellos remontarse a un cielo de nítida transparencia, cuando no se cierra de plomizas y tormentosas nubes.

Desde aquella altura se otea la extensión sin fin de la llanada y se contempla la dilatada urbe capital de la patria, que por las noches lanza al cielo una intensa mancha de blanquecina luz, semejante al rompimiento de la aurora.

Atraído por las bellezas naturales y por su noble culto a la amistad, solía Maura pasar los días festivos en este paraje en que, inconscientemente quizá, se espejaba su espíritu: recio y fecundo, dominador de amplísimos horizontes, rico de luz y tonos, de verdad y de naturalidad, espontáneo al par que cuidadosamente cultivado.

Recuerde el alma adormida,
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando.

Así reza una de tantas inscripciones con que las peñas hablan al alma en Canto del Pico.

Y allí, en la artística y señorial mansión, aguardaba la libertadora a D. Antonio Maura.

Iba departiendo animadamente con su amigo, haciendo la crítica literaria de la obra del conde Hermann Keyserling *The travel Diary of a Philosopher,* cuyo primer tomo le traía después de leerlo y dejar

en numerosas anotaciones marginales manifestaciones de sana filosofía y católicas creencias; llegado a un punto, detúvose y dijo: "Almenas, no veo tanto hoy..."; y de súbito el alma abandonó el cuerpo, que blandamente en los brazos del amigo se desplomó.

Recién cerrada su tumba, se ha oído, como una palpitación de la conciencia política nacional, esta pregunta: ¿Ha obtenido la madre España todo el fruto que prometerse podía de los talentos, la competencia, la maravillosa palabra, la incansable laboriosidad, la acendrada y rectísima intención, la autoridad no igualada por ninguno de sus contemporáneos, la austeridad incorruptible, la nobilísima gallardía e inquebrantable entereza de ánimo de aquel glorioso hijo suyo, que brilló en el cielo de la patria como astro anunciador de días mejores? Aún es pronto para responder, porque la labor de un estadista de su talla no se puede apreciar en los días de su vida, ni se logra cosechar en unos años los frutos de su siembra; lo triste, lo desventurado y funesto para España será que las generaciones venideras hayan de contestar negativamente. ¡No lo permita Dios!

El arma poderosa que esgrimió en los debates del foro y del parlamento o en la tribuna, que para él era siempre cátedra, fué su elocuencia, tan portentosa y de estilo tan propio y peculiar suyo. ¡Oh, con qué dolor siento mi insuficiencia para trazar siquiera el esbozo de Maura orador! Admiración causarán siempre los textos de sus discursos, y eso que ya no serán sino bellísimos cadáveres, porque no los animarán aquel aire majestuoso, gallardo y correctísimo de su figura, su gesto, su apostura y su ademán, ni aquella su voz, dulce y melodiosamente timbrada, cuyos tonos, modulaciones y matices tan acertadamente se amoldaban a las exigencias del discurso y se entraban hasta el alma.

En sus piezas oratorias la nitidez y fijeza de líneas de la idea se traducía en la propiedad y concisión de la palabra, y la firmeza de sus convicciones daba fuerza, viveza e imperio a su dicción.

Sus razonamientos no se diluyen en frases, sino que se encarnan en ellas con tal precisión, que a través de las palabras se transparentan las ideas, sin que en inútiles repliegues de redundancias pierdan las líneas con que la mente los forjó. Y no por eso se piense que se presentan sin atavíos de decoro y eficacia, pues sus elevados pensamientos, rápida y oportunísimamente concebidos y esplendorosamente vestidos por su fecunda imaginación, brotaban de sus labios en un lenguaje rico, armonioso, depurado, ajustado y con-

ciso. Seleccionando las frases de más sabor retórico de sus discursos se podría formar una antología, admirable modelo digno de figurar entre nuestros tesoros clásicos. Y es que su poderosa inteligencia tenía por servidora una imaginación luminosa y feraz, que revestía las más abstractas ideas y los más abstrusos pensamientos con símiles, imágenes, figuras, símbolos, metáforas y alegorías, que no sólo les daban gracia, animación y vida, sino también, dotándolas de sensibilidad, las hacían más asequibles a la mayoría de los oyentes. Ni por eso se crea que toman un tinte plebeyo, ni siquiera vulgar; el concepto, la palabra, la imagen, la frase, el conjunto todo es siempre prócer, selecto, elevado. Y siempre conservan, sin subvertirlos jamás, sus oficios la inteligencia y la fantasía; ésta es servidora, nunca dueña, como a menudo, para daño y descrédito de la oratoria, acontece.

La de Maura no es la oratoria que con fluidez abundosa de sonoras palabras, párrafos rotundos, cálidas frases, de síntesis históricas más o menos falaces, pero deslumbradoras, llega al corazón casi sin pasar por la inteligencia, inflama la voluntad soslayando el raciocinio y arrastra los semiconscientes ánimos al asentimiento, al aplauso y aun a la misma acción; es, por el contrario, la oratoria que infundiendo en la mente ideas claras, precisas, convincentes, sugiriendo vigorosos raciocinios y llevando fervorosa persuasión a los ánimos, pone en juego los poderosos resortes interiores que al hombre mueven a la acción y no lo arrastran, sino que hacen que él mismo por su propia energía se levante y vaya.

En la oratoria de Maura el alejamiento de los manidos tópicos del romanticismo oratorio, su ceñirse al asunto, a la entraña del asunto, la profundidad y oportunidad de los conceptos, su austero empleo de la imaginación, su lenguaje sobrio y preciso, músculo más que carne, movimiento más que forma, y su penetración en el ánimo de los oyentes, así como su eficacia en moverlos, no a la delectación morosa de la belleza oratoria, sino a la acción enérgica y varonil, lo encumbraron de tal suerte entre los grandes oradores de nuestros días, que otro ilustre orador ha dicho de él: "No se le podrá negar en justicia la calidad de renovador, mejor aún, de creador de la elocuencia española contemporánea" (3).

Esa maestría en la elocuencia le conquistó puesto preeminente en las letras patrias y le abrió de par en par las puertas de esta Real Academia. En su discurso de recepción, después de tejer el

elogio y exponer los méritos literarios de su antecesor, añadió: "No podrá decir otro tanto quien a mí me suceda"; de tal suerte, señores, le engañó su modestia. En verdad, el tormento de su sucesor es sentirse incapaz de tejer su merecido elogio. Ese mismo discurso es de tan subido valor literario, que puede considerarse como un código de la elocuencia oratoria. Cual si fuese un libro de texto, he de tenerlo abierto ante mis ojos y en él ha de inspirarse el discurso que, por exigirlo las Constituciones de esta Real Academia, tengo obligación de componer.

Cubra así la grandeza de su recuerdo y esta evocación de su presencia entre nosotros la pequeñez del sucesor.

Código de elocuencia oratoria he llamado al discurso de recepción de D. Antonio Maura en esta Academia, y en verdad que el feliz mortal en quien se realizase cuanto Maura expone y cuanto somera y concisamente apunta, se llevaría la palma, aún no adjudicada, del perfecto orador.

Trata de la oratoria en general, y alguna que otra vez toca la sagrada. Sólo en ésta voy a ocuparme ahora, y no, a buen seguro, porque yo me crea orador ni competente en tan sublime arte, sino por muy otras razones. Amarla, sí la amé; con el ardor de los juveniles años acaricié en mi mente el ideal de la elocuencia; pero las canas, que a los pensamientos dan peso y madurez, el cauce por donde Dios ha dirigido mi vida y la entrega de mis facultades a otros trabajos, me dijeron que el logro de aquella dorada ilusión de mis ensueños no era para mí.

Mas hoy que vuestra generosa bondad me eleva al sillón académico, al que nunca me atreví a levantar mi pensamiento, porque me hubiera parecido presunción y osadía, al escoger un asunto para cumplir el deber de esta solemnidad, de nada puedo hablaros mejor que de la elocuencia sagrada; su altísimo concepto llena mi mente, y, si bien poniendo los ojos en mí mismo, debería preferir cualquiera otra materia, mirando al insigne orador, al preclaro patricio, modelo y maestro de pureza y eficacia oratoria, a quien tengo el honor de suceder, y pensando que España entera escucha cuando desde aquí se habla, y que si el que habla es un obispo se atiende con especial y redoblado interés en los Seminarios eclesiásticos, en esos centros de estudio y oración en que al calor de los fervores religioso y patriótico en el cultivo de las ciencias y de las letras se forman los apóstoles

de mañana, oradores por propio estado, por sagrada profesión, nada me ha parecido tan oportuno y tan útil como hablar De la oratoria sagrada en España, con ánimo de infundir en ellos los altos y ardorosos conceptos de la elocuencia sagrada que en mí veo malogrados.

El plan que me propongo seguir se funda en la siguiente consideración: así para el perfeccionamiento literario, como para el de todas las otras manifestaciones de las humanas facultades, hay que poner la mira en *lo que debe ser,* bajarla luego a *lo que realmente es,* y entre estos dos puntos marcar el camino del ascenso, dando a su trazado la forma que mejor garantice la eficacia, habida cuenta de las aptitudes, las facilidades y los escollos. Pretender caminar en derechura a la suma perfección sin ponderar las dificultades ni los medios, es tan absurdo como proponerse volar sin alas o cruzar los océanos sin bajel; esa es la causa de muchos desalientos y fracasos. No debe perderse de vista la capacidad y lo que pueden dar de sí las aptitudes, pero tampoco contentarse con un florecimiento puramente espontáneo y silvestre, desamparado de la reflexión, el estudio y el noble esfuerzo, que caracterizan el progreso de los seres racionales y discursivos. Pero tanto para saber apreciar el valor de la realidad presente como para conocer las aptitudes, es necesario mirar a lo que antes se ha sido; por eso tiene mucha parte en la empresa de nuestro mejoramiento la contemplación de las alturas ganadas por nuestros mayores, así como para remediar la postración la tiene el indagar las causas del decaimiento. Ni hay que perder de vista las viejas glorias, herencia funestamente disipada, ni la presente realidad, ni el punto de perfección a que, ya como término, ya como etapa, es dado llegar; pero hay que mirar, más que a lo que hemos sido, a lo que debemos ser, y más que a lo que tenemos, a lo que nos falta, y nunca gloriarnos de lo que España ha tenido y ha dilapidado, sino para encender los ánimos al recobro, con el acicate de la vergüenza y el aliento de la confianza.

Se ha dicho y repetido (4) que en España nunca se desarrolló la elocuencia, ni aun la sagrada, por el carácter mismo de sus habitantes, por la falta de libertad y por el yugo opresor de la Inquisición.

Eso no podía ser; ni el carácter español es refractario a las grandes bellezas literarias, y en especial a las de la oratoria, ni el decantado fantasma inquisitorial ni la falta de libertad herética po-

dían cortar las alas a la inteligencia y la fantasía para que no se remontasen por los cielos harto dilatados de la pura ortodoxia. No podía ser, y en verdad que no ha sido, sino todo lo contrario; en España floreció la elocuencia sagrada hasta dar maestros de ella a todo el mundo; decayó luego, viciada por excesos de desbordada fantasía, que ojalá la Inquisición hubiera refrenado; toda Europa padeció el mismo mal, aunque no en tan alto grado como España, cuya postración tampoco fué tanta que no pudiese en su propio seno forjar el bisturí que cortó la gangrena; sólo en España se escribió el *Fray Gerundio de Campazas;* la restaurada oratoria dióse a buscar modelos en pueblos extraños, y lánguidamente vivió mientras no volvió los ojos a las propias y genuinas fuentes de su grandeza, a sus grandes maestros.

¿Quién que conozca la historia de la literatura antigua podrá decir que la índole del ingenio español es contraria a la grandeza de la oratoria?

Aún brillaba en el cielo de Roma el sol de la elocuencia, Cicerón, cuando comenzó a notarse la decadencia de la oratoria romana. "La gloria de los oradores—dice el mismo (5)—de tal manera ha ascendido desde lo ínfimo hasta lo sumo, que al presente, como es natural a todas las cosas, va perdiendo y parece que dentro de poco se reducirá a la nada."

Triste presagio, pero tan acertado, que más tarde pudo decir el autor (Quintiliano, quizá) del *Diálogo sobre las causas de la corrupción de la elocuencia:* "¿Quién ignora que la elocuencia y las demás artes han decaído de la vieja gloria, no por falta de hombres, sino por desidia de la juventud, negligencia de los padres, impericia de los preceptores y olvido de la antigua costumbre; males que, nacidos primero en Roma y extendidos luego por Italia, ya fluyen sobre las Provincias?"

Entronizado Augusto, de tal suerte había perdido la oratoria su eficacia, su influjo en la gobernación y en los destinos del país, su utilidad para el encumbramiento de los mismos oradores, que junto el nuevo estado de cosas con la corrupción y afeminamiento de la juventud, para la cual, según Séneca el Viejo (6), la más grave ocupación era "cantar y bailar lascivamente, rizarse el cabello, adelgazar con femeniles blanduras la voz y competir con las mujeres en la molicie del cuerpo", abrieron el camino a una oratoria nueva,

bastarda, viciosa, cuyo mérito se ponía en el refinamiento de los conceptos, en las reprobables agudezas, sutilezas y antítesis, en la afectada blandura de la voz y las palabras y en el apagamiento de toda noble pasión. ¡Sino fatal de las grandezas literarias, caer en agostador culteranismo!

Pues bien: fué España, fueron nobles y selectos ingenios españoles, educados en las escuelas de España, los que levantaron de su postración la elocuencia romana.

¿Qué tiene de extraño? El suelo español, que por su posición, riqueza y fecundidad había atraído los pueblos orientales más sabios e industriosos, cultivaba antes que otro alguno de la Europa occidental las artes, las ciencias y las letras, siglos antes de que existiese Roma; la intensa y asidua comunicación con esos pueblos y principalmente la colonización griega después, hicieron que cuando Roma transmitió su espíritu, su lengua, sus cultos y sus leyes a los españoles, hubiese ya en nuestro país solera y raigambre de cultura de las ciencias, las industrias, las artes y las letras, tanto en prosa como en verso, según testimonio de Estrabón (7). ¿Qué extraño es, pues, que se asimilara tan fácil y rápidamente las grandezas romanas, y que al decaer éstas en el suelo italiano fuese su depositario el nuestro? Cicerón (8) llama a los españoles "hombres sabios y peritos en el derecho público"; Horacio se gloría diciendo: "*me peritus discet Iber*" (9); un poeta español, Sextilio Hena, canta la orfandad y el luto de la elocuencia romana en la muerte de Cicerón; Augusto confía la dirección de su Biblioteca Imperial al literato español Higyno, y durante el Siglo de Oro de Roma descuella, conquistando esclarecido renombre, Marco Porcio Latrón, calificado por Plinio de "célebre entre los maestros del arte de hablar bien"; los dos Sénecas, el retórico y el moralista, celebran los méritos de la elocuencia de Cicerón y fustigan con libertad y fuerza los vicios públicos, el desbordamiento de la molicie, el afeminamiento de la juventud, causa principal de la decadencia de la oratoria desde que con Augusto y sus funestos favoritos se entronizaron en Roma la tiranía y la corrupción. Columela y Pomponio Mela superaron a todos los escritores coetáneos. De los emperadores Trajano, Adriano y Teodosio, españoles los tres, cultivador el segundo de todas las ciencias, de las artes y de las letras, y protectores generosos, más que sus antecesores, de todo género de estudios, nada he de decir, porque debo fijarme solamente en la oratoria; y, ciñéndome a ella, ¿ha-

bré de extenderme en ponderaciones, o bastará que pronuncie los gloriosos nombres de Quintiliano, el príncipe de los maestros de la oratoria, y de Antonio Juliano, el último de sus maestros insignes?

"España dió a Roma desde el Siglo de Oro cónsules, bibliotecarios y retóricos, superiores en elegancia, en crítica y en erudición a todos los demás extranjeros; después de la muerte de Augusto fueron los españoles en Roma los escritores más elegantes, los filósofos más famosos, los mejores poetas, los maestros de oratoria más célebres y los emperadores que excedieron a todos los demás en la protección de las artes y de las ciencias" (10).

Este noble esfuerzo, el más glorioso y lucido, el más vigoroso y eficaz para levantar la elocuencia romana, todo él debido a ingenios españoles, tuvo florecimiento efímero, tras del cual se presenta a la vista el gran desierto literario, la aridez, la desolación, el páramo de barbarie, debido a la inundación de incultura que se desbordó sobre el corrompido Imperio romano con las invasiones de los hombres del Norte.

Ante su empuje asolador una sola fuente de cultura y de civilización queda en pie: la Iglesia católica, a cuya maternal tutela se entregan, y en cuyos centros de enseñanza aquellas hordas, de salvaje vigor físico y de alma infantil, aprenden las letras y las artes y ponen los cimientos de la cultura de las nuevas naciones.

Nacía un mundo nuevo, y la literatura cristiana, pujante ya y vigorosa, era la que había de florecer en él. España, lejos de estar ausente de esa nueva literatura, había dado gallardas muestras en ella, como antes en la pagana, de no ser refractaria a ningún género de elocuencia. Apenas dada la paz a la Iglesia por Constantino, ya entre las ruinas del paganismo empieza a embalsamar el ambiente público el aroma de la poesía cristiana, y son dos grandes poetas españoles los que iluminan su nacimiento: el sacerdote Juvenco, renovador del estro virgiliano, y San Dámaso, Papa, el inmortal epigrafista de las catacumbas, mientras todo el Imperio admira a Osio, lumbrera máxima, cuya fogosa y sapientísima elocuencia le mereció puesto de honor entre los oradores todos de la Iglesia y del mundo.

Tejer el catálogo de los oradores sagrados de la España visigótica, tales como San Isidoro, llamado "río de elocuencia", "esclarecido por el brillo de su palabra"; de Apringio, Ildefonso, Julián, Braulio, Eugenio, Leandro y Fulgencio, sería aducir nueva prueba de que siempre en España ha florecido la elocuencia sagrada; pero reque-

riría sobrado tiempo; ni lo tengo tampoco para presentar el cuadro de la Iglesia viviendo entre las ruinas del Imperio visigodo, bajo el yugo de los árabes invasores y colonizadores; baste sólo apuntar que, lejos de extinguirse la llama sagrada de los estudios eclesiásticos y en especial de la retórica, la elocuencia de San Eulogio, levantada, ardorosa y de gusto depurado, la muestra siempre viva, no menos que las exaltaciones de Alvaro Cordobés, que sostiene hasta con excesos culteranos la literatura latinocristiana entre los mozárabes (11).

Corramos hacia los albores de nuestro siglo de oro, donde nos aguardan los más gloriosos destellos de la elocuencia sagrada española. Al hundimiento causado por la invasión de los bárbaros del Septentrión se sucedió en nuestra patria otro producido por la invasión de la barbarie musulmana; siglos de retraso causan estos cataclismos en la vida de los pueblos; sólo los privilegiados de la Providencia mantienen, como mantuvo España, el sagrado tesoro de su cultura, guardándolo durante siete siglos de incesante guerrear, como la preciosa semilla que había de producir en los campos de la paz, terminada la reconquista, frutos de esplendor y de gloria.

Pero no es posible pasar tan de prisa que no quede un recuerdo de aquel brote del espíritu acendradamente religioso y apostólico de nuestra raza, el primero que congregó en la Iglesia católica un ejército de sagrados oradores y lo lanzó a la pelea contra las herejías y la corrupción de las costumbres cristianas: Domingo de Guzmán, fundador del ínclito Orden de Predicadores. Ni es posible dejar de pronunciar el nombre de San Pedro Pascual, sabio y elocuente, en quien debemos saludar al precursor de la oratoria sagrada castellana, pues los libros que de él nos han quedado y revelan el estilo de la predicación, que fama de apóstol le dió, acreditan que en nuestro naciente romance la primitiva oratoria tuvo por notas características la profundidad de la doctrina, junto con la sencillez y naturalidad y con la vehemencia de los santos afectos. ¿Y cómo no detenerse un instante ante la nobilísima figura de Raimundo Lulio, ingenio portentoso, cuyos méritos ni estudiamos ni sabemos apreciar en su valor? Ajeno a mi empeño sería decir algo, por breve que fuera, de su vasto saber; ni siquiera creo oportuno ocuparme en sus profundos y detenidos trabajos sobre la retórica, que bien merecen ser estudiados; quiero sólo referir determinado pasaje de sus escritos, que demuestra su amor a un género de oratoria humilde, sencillo,

BIBLIOTECA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

pero eficacísimo; que no está el secreto de la elocuencia en la grandeza y profundidad de los estudios, ni ha de remontarse tanto a la altura que se olvide de las ignaras muchedumbres.

Dos géneros de oratoria tenía el Islam, tanto en Oriente como en Africa y en España: la ritual o litúrgica y la puramente espontánea y extraoficial; aquélla la desempeñaban los *Játibes,* nombrados por las autoridades, y se amoldaba a los cánones oratorios litúrgicos y a los modelos de oratoria de los primeros siglos, religiosamente conservados; la segunda no era misión de predicadores de oficio, sino que podía ejercerla todo fiel islamita que, llevado de su celo se lanzase a predicar por plazas, calles y zocos, doquiera hallase auditorio propicio, recorriendo para ello de pueblo en pueblo el país hasta las más remotas aldeas. A éstos llamaban *guáides* o *exhortadores,* para distinguirlos de los *játibes* o *predicadores.*

Lulio, impresionado por este género de oratoria de los *guáides,* que veía usada en el Norte de Africa, ha dejado en su *Blanquerna* un texto breve, pero sugestivo, que nos da idea del carácter de esa oratoria, puramente espontánea, cuyo objeto, más bien que adoctrinar, era conmover y excitar los ánimos. Presenta Lulio a *Blanquerna,* protagonista (es decir, a sí mismo, pues la novela, como se sabe, es autobiográfica), que dice: "Otro mensajero del Cardenal pasó a la parte de Berbería y allí vió a muchos... alfaquines, que predicaban a los moros el Alcorán y las bienaventuranzas de su paraíso; y les predicaban con tan devotas palabras, que casi todos los que las oían lloraban. Admiróse mucho el mensajero de la devoción que aquella gente tenía en aquellas palabras, siendo todo cuanto les predicaban un error muy grande, y conoció que por el buen modo y tan devoto que tenían aquéllos en predicar y llorar, y porque en las predicaciones les referían la vida de muchos hombres que morían por devoción, por esto lloraban aquellas gentes" (12).

Orador eminentemente popular, pero agigantado por su profundo saber y por el cultivo de la retórica, apto para conmover y arrastrar en pos de sí a muchedumbres numerosísimas, lo mismo que para causar con su elocuencia pasmo a las Universidades y a las más altas autoridades eclesiásticas y civiles, enriquecido, además, por Dios con el don de la taumaturgia, como varón providencial destinado a producir en el siglo XV un vigoroso resurgimiento de fe, religiosidad y corrección de costumbres, fué el astro de primera magnitud entre los oradores sagrados del mundo entero, San Vicente Ferrer.

Su luz, como la del sol, eclipsa a los demás astros de elocuencia contemporáneos suyos y de claro renombre, tales como el franciscano venerable P. Eximénez (13); los tres judíos conversos Pablo de Santa María, Alfonso de Cartagena y Alonso de Espina (14), y como Fray Lupo de Olmedo y Fray Alonso de Oropesa, el maestro Fray Pedro Martín y el obispo de Coria Francisco de Toledo; todos ellos y otros varios eran honra de la elocuencia sagrada en España en la primera mitad del siglo XV; pero ninguno comparable con Vicente Ferrer, apóstol de media Europa, pues evangelizó en Francia, Bretaña e Italia, además de España, que se ufana de tener en él no sólo un hijo glorioso, sino uno de los más laboriosos forjadores de su unidad nacional. Predicaba frecuentemente en la Corte de los Reyes y en la de D. Pedro de Luna, como ante las más famosas Universidades; pero su oratoria ordinaria era la popular. En medio de la corrompidísima sociedad de su tiempo resonaba estremecedora su voz, como la del Angel apocalíptico, despertando el temor y el amor de Dios en los pechos de los cristianos y de los infieles, que corrían unos y otros en seguimiento suyo de pueblo en pueblo, a veces en largas peregrinaciones, sin saciarse jamás de escuchar su arrebatadora palabra. No se puede apreciar su oratoria por los escritos, meros extractos de sus sermones, que nos han dejado sus discípulos; pero sí conocer su fondo y su modo peculiar. Ejemplos sacados de las vidas de los santos y de la vida común, historietas y anécdotas, jocosas unas veces, pero dignas; conmovedoras otras, hasta arrancar copiosas lágrimas, y siempre repletas de moral educadora; la Biblia y la Suma de Santo Tomás, que aducía con tal abundancia y fidelidad, que cuando alegaba sus textos parecía leerlos; las obras de los Santos Padres, especialmente San Gregorio, San Bernardo y San Buenaventura; he ahí lo que, expresado con palabra ardorosa y fuertemente sugestiva, contenían los sermones de San Vicente. Su contemporáneo italiano San Bernardino de Sena era enteramente popular; él era eso, y a la par un sabio; ambas notas se mezclan en su fecunda y maravillosa oratoria, la más eficaz de su tiempo, sin que otra alguna pueda sostener la comparación. Es el teólogo y el escriturario sabio entre los sabios, diestro retórico entre los hombres de letras, y humilde y sencillo catequista en medio de las ingentes masas populares. No era frecuente que tratase materias abstractas; enardecido de celo por la salvación de las almas, era el infatigable debelador de los vicios, y utilizaba para su reme-

dio todos cuantos recursos, desde el más delicado bálsamo hasta el más riguroso cauterio, encontraba en las Escrituras Sagradas, los Santos Padres y los Doctores de la Iglesia; pero su nota peculiar no era la amenaza apocalíptica con carácter milenario, que falsamente se le ha atribuído; era más bien, además de la ejemplaridad de su vida abnegada y santa, sobrenaturalmente realzada por los milagros, el abrasado amor de Dios y de sus prójimos, que en los períodos culminantes de su oración lo transformaba, iluminando su rostro con resplandores, mientras sus labios destilaban dulzuras de cielo, que saboreaban sus oyentes, trocándoseles en detestable amargura las corrompidas dulzuras del pecado (15).

Así empezó en los anales de la elocuencia sagrada española el siglo XV, el siglo de las controversias y de la oratoria apologética encaminada a la conversión de judíos y moriscos, filón poco explotado, que para los estudiosos guarda aún ricos tesoros de sabiduría escriturística, teológica y literaria; el siglo de los célebres judíos trocados en apologistas cristianos, como Pablo de Santa María, Jerónimo de Santa Fe y tantos otros; el siglo de Alfonso Tostado, sobre cuya tumba pudo escribirse *Hic stupor est mundi, qui scibile discutit omne;* el de San Juan de Sahagún, orador evangélico elocuentísimo, pacificador de Salamanca; siglo cuyo final decora otro astro de la elocuencia, Fray Hernando de Talavera, el que, cuando España conquistó el Reino de Granada, plantó la Cruz en lo más alto de la Alhambra, y con su constante predicación, "dulce, persuasiva, triunfadora" (16), ganó para Cristo las almas de los moriscos.

No hay duda de que en el llamado Siglo de Oro lució nuestra lengua con todo su esplendor literario; pero el crisol en que ese oro se limpió, la siembra de aquella ubérrima cosecha, que floreció y maduró desde 1550, hay que buscarla un siglo antes.

El renacimiento del cultivo de las letras adquirió vigor y lozanía en el último tercio del siglo XV. Antonio de Nebrija, que después de cursar en Salamanca pasó a Bolonia y a varias otras ciudades de Italia, para frecuentar las escuelas que los literatos griegos habían abierto al refugiarse allí cuando la caída de Grecia bajo el Imperio otomano, fué el principal propulsor de ese florecimiento. A Nebrija no lo formó nadie; se formó él a sí mismo; cuanto aprendió en España y visitando las diversas escuelas de Italia, lo fué cribando por su fino juicio y amoldándolo a su propio ingenio y al de nues-

tra nación, de suerte que no sólo superó a todos los maestros de su tiempo, sino que pudo repudiar a muchos de ellos (17). El famoso Brocense, su continuador, que mereció ser llamado "Padre y Doctor de todos los literatos", y el gran Vives, dieron cima a la gloriosa empresa del renacimiento clásico literario.

Era tal el estado de nuestra cultura, que cuando en 1508 fundó Cisneros la Universidad de Alcalá, que en pocos años llegó a ser luminar de España y una de las más famosas de Europa, para sus cuarenta y seis cátedras encontró en la nación sabios maestros de todas las ciencias sagradas y profanas. De tal suerte florecían éstas al principio del siglo XVI, que eran nuestras Universidades centros de formación de maestros para las de todo el mundo, y, empezando por las más insignes, cuales las de Roma, París, Oxford y Viena, elevaban a sus cátedras a los hijos de las Universidades de España. ¡Fácil sería tejer el catálogo de aquellos preclaros varones que, como Vives, en Oxford y en Lovaina; Martínez Siliceo, Ciruelo, el médico Sánchez, Maldonado y Victoria, en Francia; Castro y Fox Morcillo, en Flandes; Soto, Nogueras, Olave, Valencia y Laguna, en Alemania; Antonio de Burgos, Fortún García de Ercilla Arteaga, Sepúlveda, Luis Gómez, Azpilcueta el Navarro y Antonio Agustín, en Bolonia y Padua, así como en Roma López de Zúñiga, Perpiñán, Vázquez (antes catedrático en Alcalá, Toledo y París), Juan de Mariana, Ledesma, Suárez, Maldonado, Manrique, Diego Alvarez, los dos Chacones y otros muchos más, teólogos, juristas, médicos, matemáticos, gramáticos..., salieron de España para enseñar en todo el mundo!

No me he distraído del asunto, ni me he apartado de él un ápice. ¿No es la mente, preñada de ideas firmes, luminosas y sentidas, la fuente de la verdadera elocuencia? Las ciencias y las letras, ¿no son el alimento y sostén de la oratoria, que si de ellas, ciertamente, se distingue, de ellas brota, como de la raíz y del tallo la flor? Pues llegadas a tal grado las ciencias y las letras a principios del siglo XVI en España, necesariamente tenía que acompañar a su esplendor el de la oratoria.

Como anuncio y promesa del próximo apogeo de la elocuencia sagrada española brilla la oratoria de Santo Tomás de Villanueva, ante cuya eficacia se rinden todos, desde el emperador Carlos V hasta los más humildes villanos. La santidad de su vida, la abundancia de su doctrina, y su afluencia de palabra dulce, ardorosa, tras-

pasadora del espíritu, le constituyen en verdadero y legítimo precursor de los preclaros hijos de España, a quienes Dios iba a confiar la regeneración de la oratoria sagrada en toda la Iglesia.

En verdad, los historiadores literarios reconocen que en el siglo XV el púlpito de todas las naciones estaba inficionado por una oratoria tan estragada como la que propagaban los sermonarios de Barletta, el Dormi secure, el Vademécum, etc., en que todo era bagatelas, impertinencias, donaires y chistes de mal gusto, así como constante abuso de las Sagradas Letras y los Santos Padres, atribuyéndoles, a fuerza de alambicar y retorcer los textos, lo que nunca pensaron decir. Pues bien: en el primer tercio del siglo XVIII el historiador francés Amat de Graveson escribía que esa barbarie e infantilismo que en el siglo XV había prevalecido, la habían arrojado de toda la Iglesia, renovando la gravedad y elocuencia de los Santos Padres, los oradores sagrados españoles, a quienes se gloriaban de seguir e imitar los predicadores reputados entonces por más célebres (18). En aquel mismo siglo, en 1778, el obispo de Barcelona D. José Climent escribía: "Los sabios franceses alaban como es razón las obras que escribieron los españoles del siglo XVI, y el ilustrísimo Bossuet, justamente venerado por el más docto de los obispos de estos siglos, encarga muchas veces a sus feligreses que lean las obras de los venerables Granada y Avila" (19).

En medio de aquel universal decaimiento del siglo XV, los sermones latinos de Tomás de Villanueva y de Fray Francisco de Osuna, y las obras de los Beatos Avila y Orozco, de los venerables Granada y León, Fray Alonso de Castro, Estella, Lanuza e incontables más, traducidas a diversas lenguas y editadas en las principales imprentas del mundo, más aún que los preceptos de Retórica sagrada divulgados por (20) Ciruelo, Matamoros, Zorrilla, Semper, Costa, Perpiñán, Juan de Segovia, Estella, Valadés, Bravo y, a la cabeza de todos, Fray Luis de Granada, corrían por Europa restaurando la verdadera elocuencia cristiana; el florecimiento español sembró por todas partes las semillas de la santa y gloriosa reforma, que casi un siglo después culminó en el extranjero con Bossuet y Segneri.

España no cabía en sí misma; la exuberancia de su vida, al par que se derramaba sobre un nuevo mundo, que la Providencia le confiaba, se vertía sobre todo el viejo. Ved al jesuíta valenciano Pedro Juan Perpiñán, quien en Coimbra y Lyon, en París y Roma, con ciceronianos acentos, que (a juicio de sus contemporáneos extranjeros)

brotaban de su boca más dulces que la miel, predicaba a Papas y Reyes, combatía contra la herética reforma o enardecía las juventudes guiándolas a la perfección, no sólo de la oratoria sagrada, sino también de la civil, bajo cuya tutela, decía, han estado y estarán siempre los más altos intereses de las naciones (21).

¡Venturosa época aquella en que Dios eligió a España por instrumento suyo para llevar a cabo las mayores empresas: descubrir y civilizar el Nuevo Mundo, atajar el lúbrico torrente de la herejía luterana; hundir el poderío naval de la Media Luna, apenas envainada la espada de la Reconquista española; y presentar en el Santo Concilio de Trento tantos y tan singulares varones, que fueron el principal sostén y la admiración de toda la Iglesia, lo mismo en la disciplina que en la Teología, en el Derecho y en la grandilocuencia cristiana!

Pero recojamos la mente y pongamos los ojos sólo en nuestra casa, ya que nuestro remedio y mejora es lo que nos importa con preferencia, y España, como decía D. Antonio Maura, no puede esperar nada que no haya de venir de ella misma. Cierto que no deben olvidarse las cosechas de triunfos, porque indican la feracidad de las tierras; pero más hay que pensar en el laboreo que las preparó.

En el estudio profundo de las ciencias sagradas y el intenso cultivo de las letras de la clásica antigüedad, amén de los recursos sobrenaturales, que sin ellos todo es en vano, se formaron nuestros grandes predicadores, y para hacerla hábil instrumento fueron templando y preparando el habla vulgar, hasta levantarla al grado de perfección que caracteriza nuestro Siglo de Oro. Antes de la época clásica el habla castellana era enérgica, pero dura y desadornada; tenía nervio y vigor, pero con aspereza; era desabrida, no había llegado a sazón, faltábale cadencia y número en las frases y períodos; nótase que nuestros escritores pensaban en latín y hablaban en castellano, con falta de espontaneidad y soltura. Es más: se estimaba poco lo escrito en ella. No era sólo vicio español éste, sino universal; ya el maestro Venegas, uno de los primeros a quienes debió nuestro romance el nobilísimo empleo, que tanto enriquecimiento y lustre le había de dar, decía, repitiendo la queja de Cicerón: "Este vicio de menospreciar la propia lengua se extendió tanto cuasi por todo el mundo, que hasta hoy queda arraigado en la opinión de muchos vulgares" (22). Y lo mismo Ambrosio de Morales: "Basta ser un libro escrito en castellano para no ser tenido en nada" (23).

Los doctos varones hechos a dominar las lenguas de la sabia antigüedad y a recibir por medio de ellas tesoros de ciencia, miraban el romance como lengua vulgar y plebeya, como servidora, no como señora; y no hablemos ya de los medio ilustrados, de los eruditos a la violeta, mala fruta de todos los tiempos, porque éstos, antaño como hogaño y siempre, alaban más lo de fuera que lo de casa y estiman con preferencia lo que los distingue del pueblo.

Pero cuando muchos de aquellos sabios y literatos, ganosos de comunicar a los demás las doctrinas teológicas y ascéticas en libros, epístolas, sermones y pláticas, tuvieron que echar mano del habla vulgar, la fueron dilatando, a medida que la henchían de ideas y elevados conceptos, y unas veces enriqueciéndola con vocablos y modos de expresión de las lenguas sabias, otras, las más, recogiendo y consagrando las frases y modismos con que el pueblo matizaba y animaba la expresión de sus sentimientos, fueron forjando una lengua que a sus ojos resultó tan señora como la que más, y aun con puntos de ventaja muchas veces. Por eso escribía Fray Luis de León a don Pedro Portocarrrero que había querido "mostrar que nuestra Lengua recibe bien todo lo que se le encomienda, y que no es dura ni pobre, como algunos dicen, sino de cera y abundante para los que la saben tratar" (24); y en otro pasaje, diciendo que había procurado dar giro y armonía a nuestra Lengua, igualándola con las mejores, añadía: "A las cuales, según mi juicio, vence ella en otras muchas virtudes" (25).

Cuando ciencia, letras y lenguaje llegaron a debida sazón, ved en el segundo cuarto del siglo XVI surgir al maestro Juan de Avila, verdadero padre de la elocuencia sagrada castellana. El apóstol de Andalucía era un sabio y un santo. Yerran gravemente quienes, llevados de sus prejuicios, no ven en nuestros apostólicos oradores sagrados sino varones dominados por la exaltación religiosa, pero ayunos de los serenos estudios de las ciencias y las letras. Juan de Avila, el de la ígnea elocuencia, cuya fulminante y abrasadora palabra trocó la visión de la vida a Francisco de Borja, Juan de Dios, Doña Sancha Carrillo y tantos otros, el que hacía prorrumpir a las muchedumbres en clamorosos gemidos de arrepentimiento, era a la par un gran propulsor de los centros de enseñanza: organizó la Universidad de Baeza, los estudios de Filosofía y Teología de Córdoba, y promovió la creación de otros varios.

Al tiempo que Avila en Andalucía, brillaba en Castilla, en la

Corte de los reyes, el beato Orozco, de deleitosa suavidad unas veces, de estremecedora energía otras, y siempre de fervorosos afectos y profunda doctrina; "parecían piedras preciosas cuantas palabras se le caían de la boca", dice un contemporáneo (26).

Y ¿qué decir del santo religioso, sabio escritor, apóstol celosísimo, que llenó a España y al mundo, no menos que de la fama de sus virtudes, de los destellos de su ingenio y los torrentes de su grandilocuencia; del hijo bueno y tierno que, al entrar en religión, abandonando a su pobre madre para consagrarse a la virtud y las letras, pide al Prior que le consienta partir con ella la diaria ración de su sustento; del humilde postergador de Mitras y Dignidades; del que, aun como escritor, es siempre orador, de dicción pura, apropiada, clara, rica, dificilísimamente fácil, de cláusulas armoniosas, bien trabadas, suavemente matizadas de lumbres y afectos, animadas por las más bellas imágenes y llenas de grandiosidad, fluidez, galanura, cadencia y sonoridad; de períodos abundosos, amplios, redondeados y transparentes; de estilo en que se juntan la majestuosa pompa y elegante gravedad con la expresión sencilla, espontánea, animada y palpitante; en suma, del Cicerón cristiano, del Crisóstomo español, Fray Luis de Granada?

No sin pesar dejaré de detenerme ante Fray Luis de León. No era orador. Es corriente estimarle por uno de nuestros mejores oradores sagrados; D. Miguel Mir se deleitaba imaginándoselo en el acto de pronunciar alguna maravillosa oración (27). Cierto que sus escritos son bonísimos para ser declamados, y de ello declara Mayáns haber hecho una "gustosa experiencia" (28); cierto también que Critana (29), al dedicarle su *Sylva comparationum,* le llama verdadero fénix, a quien los teólogos, escriturarios, lingüistas, jurisperitos, médicos, filósofos, *oradores* y poetas latinos y castellanos le ceden la palma; pero ni Pacheco, en su *Retrato,* a pesar de estar informado por Fray Moreno, compañero de Fray Luis, dice que fuese orador ni predicador, ni es de desatender el expreso y clarísimo testimonio del Ilmo. Sr. Terrones, Obispo de Túy, que dice: "En mis tiempos, tres o cuatro personas solas he hallado que se conozcan a sí mismos en no tener don para predicar, como fueron Arias Montano y el maestro Fray Luis de León, y otro o otros dos, que comenzando a hacer este oficio, por ver que no eran para ello, lo dejaron; pero en contrapeso de estos pocos he conocido millares de predicadores, de los de cantar mal y porfiar, y que así censuran los sermones ajenos y

están pagados de los suyos, como si fueran unos Crisóstomos; y entre ellos hubo un religioso que, habiendo predicado un día mal, como solía, dos amigos suyos del mismo hábito fueron de acuerdo a rogarle que dejase el oficio, pues no era para él; y creyendo él que venían a alabarle el sermón, como se usa, les previno diciendo muy de veras: "A Dios las gracias, Padres, a Dios las gracias, que todo es suyo. Los otros, como le vieron tan contento, no se atrevieron a decirle nada" (30).

Bien se ve que aun en nuestro Siglo de Oro abundaban los malos oradores sagrados; no era todo oro, ni en lo que se pronunciaba ni en lo que se daba a las prensas, y bueno es tenerlo en cuenta, porque hay quienes sólo con ver la fecha de mil quinientos sesenta o setenta y tantos, ya creen haber topado con un valioso modelo; es más: ni siquiera es todo bueno en los buenos, sino que hay mucha escoria mezclada con el oro; eso sí, de éste hay tanto y tan de ley, que es para alabar a Dios y no parar.

"La historia de nuestra elocuencia sagrada—dijo muy acertadamente D. Miguel Mir (27)—es el mayor vacío que hay en nuestra Literatura. Hay en ésta partes muy desconocidas, pero que han sido en alguna manera estudiadas, de suerte que de ellas se puede formar idea, siquiera aproximada. En lo tocante a nuestra elocuencia se puede decir que se ignora todo. Es una mina de todo punto inexplorada; en esta mina hay oro y plata, metales preciosos y despreciables; pero el oro y la plata, el metal precioso y de buena ley y el vil y despreciable (este último abunda más que el primero) yacen en vetas y mineros impenetrables. Con el tiempo haya tal vez quien penetre en estos mineros y los ahonde y beneficie, y saque a la luz del sol lo bueno y lo malo que hay en ellos."

Esto decía en el discurso preliminar con que encabezó la colección de predicadores de los siglos XVI y XVII, comenzada con los de Fray Alonso de Cabrera, selectísimo predicador, modelo no sólo de lenguaje, sino también de buen gusto, de unción y doctrina; acaso supere en naturalidad y llaneza, en viveza del pensamiento y riqueza de imágenes y en esa noble independencia gramatical que es peculiar de nuestra Lengua, a los mejores maestros.

Predicador del Rey Don Felipe II, fué, como Cabrera, el Padre Maestro Fray Juan Bernal; de no inferior a otro alguno en toda España lo califica Vargas (31), y en verdad que su oración fúnebre de las honras de Felipe II en Sevilla es una pieza oratoria hermosísima;

purgatorio del cuerpo antes de que lo glorifique Dios con la resurrección de la carne llama al sepulcro; "madre nuestra, dice, es la tierra, que en vida nos sustenta y dispone el manjar, y en muerte, cuando la más piadosa madre echa de casa a su hijo, ella nos recibe con entrañas abiertas, abriendo las sepulturas"; sobrecoge el ánimo imaginarse el túmulo tan suntuoso, inspirador del más conocido de los sonetos, y al P. Bernal pregonando la muerte como pena del pecado original, decir severamente desde el púlpito: "Esta es la justicia que manda hacer la Divina Majestad de Nuestro Dios y Señor a la Real Majestad del poderoso Philippo II nuestro Rey, por haber sido cómplice en el delicto que Adán su padre cometió: mándanle quitar la vida por ello y sepultar su cuerpo en la tierra." Imposible detenerme a espigar entre las muchas bellezas que encierra la notable oración, en lenguaje sencillo y sentencioso.

Modelo asimismo de sencillez, pero mucho más rico de colorido, viveza descriptiva y castizas frases y modismos, es el P. Cáceres, orador lleno de celo, doctrina, elocuencia eficacísima y autoridad, aunque por andar tan boca a boca con el lenguaje del pueblo tiene algunos lunares de vulgaridad. Con él compite en riqueza de frases, galanura y fuerza descriptiva, juntas con copiosísima doctrina y devota y elegante elocuencia, el sevillano Fray Pedro de Valderrama.

De fama extraordinaria gozaba también el Venerable P. Cristóbal Moreno, franciscano, fecundo escritor y cultivador infatigable del púlpito durante más de cuarenta y dos años; asimismo era muy notable Fray Diego Murillo, sabio y erudito, diestro cual pocos en exponer las Sagradas Escrituras al alcance del pueblo, en estilo fácil, llano, de suaves y serenos, pero bien encendidos afectos.

Pues ¿y Fray Antonio Alvarez, acaso el mejor entre los innumerables homiléticos españoles? Su estilo es sabroso, persuasivo, lleno de brío, realista, pero con un realismo sano, que trasciende a pureza de alma; muy rico de lenguaje; de exposición doctrinal y enseñanza moral, que a su tiempo interrumpen las explosiones de amorosos sentimientos; ajeno a toda inspiración y limpio de toda cita, que no sean de la Escritura y los Padres. Imposible leerle, ¡y qué no sería oirlo!, sin sentirse el espíritu recogido y elevado a la serena región de la virtud.

Otro de los primeros oradores de aquel fecundísimo siglo fué el P. Luis de Rebolledo, famoso en toda España. Puede sin titu-

beo afirmarse que sus "oraciones fúnebres" son de lo mejor que en nuestra lengua se ha escrito.

De gran renombre gozó también Fray Basilio Ponce de León, sobrino de Fray Luis de León; su lenguaje le ha merecido puesto en el catálogo de autoridades de la Lengua; es diserto y elegante; pero afeó sus sermones recargándolos de textos profanos.

A Lanuza, Trujillo, Oña, Fray Tomás Remón, Fray Antonio Pérez, Fray Cristóbal de Fonseca... y cien y otros cien más, ¿cómo enumerarlos siquiera? Son legión incontable de sagrados oradores, cuya bien merecida fama ha sido víctima de la propia grandeza de su siglo. Cada uno de ellos tiene su modo, genio y formación peculiar; pero a todos es común la profundidad de la ciencia teológica, el tesoro de conocimientos patrísticos y escriturarios, gran cultura de la clásica antigüedad, y nunca igualada destreza en el manejo de la lengua vulgar, que, merced a su propia naturaleza y a tan noble empleo y cuidadoso cultivo, dominó antes que ninguna otra contemporánea las luminosas cumbres de la propiedad y claridad, de la exuberancia en frases y moldes peculiares, del nervio, vigor y majestad junto con cadencia armoniosa, soltura y flexibilidad, graciosa sencillez, primorosa galanura y cristalina transparencia.

Dije poco ha que no todo era bueno en todos los buenos oradores de nuestro Siglo de Oro. Uno de los más renombrados fué el Padre Maestro Fray Hernando de Santiago; "varón celebérrimo, predicador famoso, muy conocido de todos los pueblos y naciones", lo llama Vargas (32); tuvo tanta facundia, gracia y soltura, y había sobresalido tanto en sus estudios, que "antes que se ordenase de Misa, comenzó a predicar públicamente, con asombro y pasmo de los auditorios doctos de la ciudad de Sevilla" (33). Felipe II lo llamaba *pico de oro*, y el Sumo Pontífice, que gustaba mucho de su predicación, dijo: "Panigarola delectat, Lupus movet, Toletus docet, Sanctus Jacobus omnia", según cuenta Pacheco (34). Su lenguaje es sobrio y castizo, muy animado, y en sus descripciones causa maravilla ver con cuán pocas palabras da, no ya bulto y relieve, sino vida y movimiento a lo que dice. Pasmosa es su erudición, tanto la sagrada como la profana, y tan henchido está de ella, que rebosa por todas partes, con daño de su oratoria. El estilo es de lo más llano y corriente, a veces falto de la debida elevación, pero no de dignidad, y otras muchas seco y sin jugo de piadosa unción; más debía de ser de los que

asombraban por su saber y deleitaban por su gracia que de los que instruían y conmovían. Tiene piezas hermosísimas, pero también caídas lamentables. He aquí una sola muestra: en el sermón de San Bartolomé (35) comienza la *Consideración primera* con la viva descripción de una suerte de la lidia de toros; como el torero burla la res dejándole en los cuernos el capote y hurtando el cuerpo, así San Bartolomé salvó su alma, dejando, no la capa, por haberla dejado antes con todo lo demás por Dios, sino la misma piel suya en manos del tirano, como en cuernos del toro. Luego saca muchos textos de la Escritura, en que se habla de piel, y con la del Santo Apóstol agranda las tiendas de campaña de la Iglesia; dice que "preciándose Dios tanto de cazador, que por tal tiene a las puertas de su casa las cabezas del Bautista, Pedro y Pablo, bien parecerá esta piel entre ellas, pues no tiene otra"; y como si fuera poco añade: "Cuán cierto es que puesta esta piel en los atambores y cajas de esta Iglesia militante, aunque es de mansísimo cordero, hiciera enmudecer la del maldito Ziscas..."

También fué varón eruditísimo, más que ningún otro de los Jerónimos de El Escorial, y buen predicador, aunque de muy menor mérito y fama que Fray Hernando, el P. Fray Lucas de Alaejos, bibliotecario de aquel Monasterio Real. Hojeando, para conocer el estilo y calidad de su oratoria, un Códice (36) que allí se conserva, encontré algunos resbalones, pocos, semejantes al único que voy a citar. En el sermón predicado en aquella iglesia un día de Santiago ante el Rey, propónese vindicar de la tacha de ambiciosos al glorioso Patrón de España y a su hermano, por haber pretendido asientos a la diestra y siniestra de Cristo, y dice: "Quiero hacer un esfuerzo español defendiendo a la española, esto es, con las armas de la razón, a nuestro santo, aunque me falte el patrocinio de todos los autores. Día es de Santiago; en el camino de Santiago, tanto anda el cojo como el sano, y no es mucho que entre tantos peregrinos vaya alguna peregrina opinión en busca de su alabanza." Y después añade: "No sé cómo he cumplido mi promesa; pero aunque más parezca peregrina, la tengo de poner la esclavina y el bordón de nuestro glorioso Patrón Santiago y probar que a este divino Apóstol no sólo le fué concedido el cáliz de Cristo, sino también la mano derecha. Comencemos por aquí, porque vamos a derechas."

Se preguntará: ¿pero eso no es puro gerundianismo? No; el santoral de Fray Hernando, predicado bastantes años antes, se publicó en 1603; el P. Alaejos predicó su sermón en 1613; éstos son los tintes del alba de aquel aciago día, que ojalá pudiera borrarse de la historia de las Letras españolas. Corrió después en anchuroso cauce el río del culteranismo oratorio, y, convirtiéndose en gerundianismo, se desbordó como fangosa riada, inundándolo casi todo; pero los ríos no nacen de repente; tienen su origen en arroyuelos y aun hilos de agua, a los que apenas se da importancia. Gran servicio prestaría a la historia de nuestra literatura quien, para averiguar las causas del bastardeamiento de la oratoria sagrada, fuese anotando en oradores de la buena época esos primeros brotes del mal, fijando fechas, regiones, escuelas y fuentes de inspiración, que no siempre, ni mucho menos, fueron nacionales, y descubriese así los orígenes y progresos de la decadencia. Fray Hortensio Félix de Paravicino se llamó a sí propio el Colón de la nueva oratoria; pero, desgraciadamente, ya otros anteriores habían puesto pie en ella. Lo que hizo Paravicino fué asentar sus reales, autorizarla con su indiscutible talento y crearle ambiente de predilección, cosa nada difícil cuando el culteranismo, cuya adaptación al púlpito fué la nueva oratoria, arrastraba tras de sí a los ingenios. El culteranismo y el conceptismo bastardearon de tal suerte la oratoria sagrada, desviándola de su misión, de su decoro y eficacia, que pronto rodó a lo más hondo de la sima. Todo el mérito se ponía en la hinchazón y boato de un estilo campanudo; en alardes de erudición, sobre todo profana, y si escrituraria, aduciendo los textos, no por las ideas, sino, con el fácil recurso de las *concordancias,* por la materialidad de las palabras; en sutilezas, antítesis, oscuridades y retruécanos expresados con palabras raras, y, mientras más ininteligibles, mejor; y todo esto con derramada verbosidad, osadía casi sacrílega en los pensamientos, mucha hojarasca, deslumbrantes oropeles con apariencias de quinto cielo unas veces, y profusión, otras, de refranes, chistes y sales gruesas sólo propias de villano mesón; ora clamaban enfáticamente: *Conmigo el teólogo, sígame quien pueda,* y se perdían de vista por enmarañadas selvas de sutilezas escolásticas; ora representaban los santos y los misterios sagrados en personajes de la mitología pagana, para poner fin, muchas veces, a un laberíntico párrafo con un chiste plebeyo, que arrancaba carcajadas al auditorio.

Lo raro, lo insólito, lo rebuscado, lo estrafalario y absurdo, con

tal que fuese vertido en altisonantes frases, era lo más estimado. En muchos sermones hay doctrina y piedad, pero vaciada en moldes de verdadero desvarío, empezando por el título. Véase el de uno: "Sermón alegórico, anagógico, panegírico, que al Fénix de cambiantes españoles rayos, pirausta de reales religiosos incendios, el mártir invicto español San Lorenzo, predicó este presente año el Padre Fray Joaquín de Guadalupe. Madrid 1744." Nunca olvidaré la pena y risa al mismo tiempo que me dió el primer sermón gerundiano, legítimo y auténtico, que vino a mis manos allá en mi juventud. Versaba sobre los tres lunares que Santa Teresa tenía en el rostro; los consideraba puestos en fila, y eran puntos suspensivos: porque el ánimo queda suspenso contemplando a tan maravillosa Santa; tomaba dos y eran dos puntos: ampliación, declaración: porque la gran Doctora había sido la mejor intérprete y aclaradora de la vida mística; y volviendo al punto que quedaba, punto final: porque también ella lo era entre las obras de Dios.

Con vanos conceptos de ese jaez, unos cuantos equívocos, algunas metáforas alocadas, mucha mitología y gran aparato de indigesta erudición se componían los sermones. "Abortos de la pedantería y de la demencia" los llamó Menéndez y Pelayo. Nuestra oratoria sagrada, tan reina un siglo antes, se despojó de su honor y, vestida de comedianta bufa, profanó la cátedra del Espíritu Santo.

Pero no por dolernos mucho de nuestro mal hemos de creerlo peculiar nuestro. Del mismo mal de culteranismo erudito con mezcla de chocarrería adolecían el púlpito francés y el italiano; aquél comenzó a remediarse cuando el nuestro empezó a decaer; el italiano, a pesar del apostolado de Segneri, lo padecía aún en la segunda mitad del siglo XVIII (37).

Y también debe tenerse en cuenta que el mal no fué en España tan general que no hubiese meritísimas excepciones; las hubo, y dan testimonio de ello los mismos que más se lamentaban del naufragio de la oratoria sagrada española. "Las teologías, expositiva y moral, se hallan vertidas en infinitos sermones de bello estilo", decía el Padre Feijóo (38); otro tanto pone el P. Isla en boca del P. Maestro (39), y lo mismo dicen otros varios escritores del siglo XVIII (40).

El P. Antonio Vieira, no sin pecar mucho de conceptismo y sutileza en sus panegíricos, había predicado con elocuencia vigorosa y ardiente, sobre todo, en sus sermones morales; admirable es asimismo Barcia; ambos florecieron en el último tercio del siglo XVII.

Descolló a principios del XVIII, por la primacía de mérito entre los reformadores prácticos, D. Nicolás Gallo; pero prefiero citar aquí a Fray Juan Interián de Ayala, cofundador de esta Academia, del corte, en la sabiduría, de los de nuestro Siglo de Oro, como teólogo y canonista, escriturario y perito en las Lenguas hebrea, griega y latina, si bien su oratoria dista mucho de ganar la altura a que cien años antes habría llegado; sus sermones son buenos (41), pero se nota en ellos el encogimiento de una planta que lucha, para desarrollarse, con la hostilidad del ambiente.

Más que citar oradores, que, aun teniendo el mérito de haber sido opuestos a la desastrosa corriente del siglo, de nada pueden servir para nuestro mejoramiento, prefiero fijarme en la vigorosa campaña que para vindicación de nuestro honor literario emprendieron a mediados del XVIII Feijóo, Mayáns y el P. Isla. El primero, a pesar de los galicismos que afean sus escritos, contribuyó mucho al saneamiento literario; Mayáns, de clásicas aficiones, de buen gusto español y autor de meritísimos trabajos, fué el principal preceptista de la reforma (42); y el P. Isla fué, sin duda alguna, el que con su *Fray Gerundio* dió el golpe de gracia a la desdichada oratoria; puso el espejo ante los ojos, y la nación entera vió en él la fealdad repugnante de su elocuencia del púlpito. En vano se pretendió arrojar el espejo; era el rostro el que debía cambiar, y cambió, logrando el P. Isla lo que sin fruto habían intentado las constantes exhortaciones de los Prelados de la Iglesia, las que, sin embargo, no hay que negarlo, tenían ya preparado el ambiente para la necesaria redención del púlpito español. Tres años antes que apareciese en la picota el muñeco de *Fray Gerundio,* habían resonado en toda España los nobilísimos acentos de Bocanegra, que, lleno de apostólica indignación y encendida elocuencia, flagelaba a los funestos oradores. En su famoso sermón de la cuarta dominica de Cuaresma sobre *la limosna,* hablando de la espiritual, llama "criminales transgresiones de la ley de Dios" a lo que solía llamarse sutilezas, y encarándose con los malos predicadores, les decía: "Pecaréis contra la justicia si después de no darles lo que de derecho se les debe, por el pasto saludable que a voces os piden como a ricos en doctrina, les ofrecéis los escorpiones venenosos de esos conceptos vanos, de esos pensamientos insípidos, de esos discursos sin solidez, que, en lugar de llenarlos de espíritu y virtud, como enseña el Apóstol (I Cor., 2, 4), los imbuyen de

una pestífera vanidad, de un lastimoso distraimiento, de una funesta estolidez... ¡Ah, predicadores! ¿Dónde tenéis el seso? ¿Dónde está vuestra providencia? ¿Por qué tratáis con tanta injusticia a los pobres necesitados de vuestra enseñanza? ¿Será bueno que desatendáis así la ajena miseria y que sólo atendáis a vuestro propia gloria?... Vuestro estragado gusto os hace concebir por modos retóricos lo que los verdaderos sabios reputaban abominables defectos. Ese estilo impropio y forzado, esas latiniparlas fastidiosas, esas frases confusas y peregrinas, esos sonsonetes y cadencias en que colocáis erradamente toda la gracia, y son propiamente una tortura de nuestro idioma, ¿os parecen medio oportuno para dar a estas pobres ovejas el deseado pasto? ¿Lo será también, por ventura, ese violento modo de discurrir sobre el Evangelio? ¡Ah, cómo se conoce que cuando subís a este santo lugar no traéis a él una sana y recta intención! ¡Cómo se echa de ver que en el delicado y escrupuloso ejercicio del púlpito no tenéis otro objeto que o un interés torpe y sórdido o un amor desordenado...!"

No habían pasado más que diez y ocho años, y ya pudo escribir al frente de la edición de sus sermones (43): "Lo que dije en el sermón de la dominica cuarta de Cuaresma en orden a los que ejercen el ministerio de la predicación, no se debe entender ya en el día con la generalidad que allí suena. Entonces había muchos predicadores en quienes se notaba aquel abominable carácter que allí se pinta. Hoy está muy reformado en nuestra nación el sagrado ministerio del púlpito."

Excelente predicador como Bocanegra fué Bertrán, y también, en desempeño de su oficio pastoral, escribió sobre el digno ejercicio de la predicación; distinguióse igualmente en ello el Cardenal Lorenzana, y rápidamente empezaron a aparecer sanos preceptistas, como Pedro Antonio Sánchez, Sánchez Valverde, y Soler de Cornellá (44). El elocuente Obispo de Barcelona, Sr. Climent, publicó en 1770 una buena traducción de la Retórica eclesiástica del P. Granada, y dirigió a su clero una hermosa Pastoral, en la que exhorta a leer día y noche nuestros modelos del siglo XVI, y cuenta la reacción que en pro de la buena oratoria se había obrado en Valencia desde 1735, por los trabajos de Mayáns y Siscar (45).

Desapareció, al fin, la funesta oratoria de guirigay; pero el púlpito español quedó harto quebrantado y, lo que es peor, desorientado de

la verdadera fuente de su remedio. La influencia francesa absorbió toda la atención de nuestros oradores sagrados, que en los sermonarios de allende el Pirineo tenían sus únicas fuentes de inspiración, diré mejor, los únicos modelos que servilmente copiaban; la clásica homilía española, la exposición de doctrina escrituraria y patrística desaparecieron; el lenguaje oratorio, ya antes divorciado del popular, por la culta latiniparla, siguió tan divorciado; "los que hablan en castellano puro casi son mirados como hombres del tiempo de los godos", escribía Feijóo en la primera mitad del siglo XVIII (46), y más tarde decía Capmany: "Lo que hemos ganado en la oratoria lo hemos perdido en la pureza, propiedad, soltura y gala de nuestra lengua, tomando el estilo formas y semblantes que no asientan a la locución castiza castellana" (47).

Al final del siglo XVIII apuntó un astro que en lo ardorosamente efusivo, en lo eficaz y popular de su elocuencia, parecía un retoño de nuestra oratoria apostólica de principios del XVI: el Beato Diego José de Cádiz; ¡lástima que, por lo que al lenguaje atañe, sea tan poco estimable su oratoria, tan poderosa, en cambio, para conseguir la mudanza de vida y correción de costumbres y la nobilísima exaltación de los fervores religioso y patriótico!

Después ha ido nuestra oratoria sagrada mejorándose y ennobleciéndose cada día más; las constantes inquietudes y las crueles guerras civiles del siglo pasado estorbaron mucho el reflorecimiento de los estudios y de la oratoria sagrada; pero al final del siglo, y más aún en el presente, son muchos los predicadores que, no ya sin desdoro, pero aun con destellos de gloria, honran nuestro púlpito. Estamos en plena aurora; rota la nube de la negra leyenda, cuya sombra apocaba y deprimía los ánimos, España, consciente de su valer, quiere ser cada día más española, y los tesoros viejos que encuentra en sus arcas, por largo tiempo cerradas, la acucian con nobles estímulos; estos santos anhelos acaso en ninguna parte se sienten tan honda y vivamente como en los centros de formación eclesiástica, donde se nutre una generación de jóvenes, esperanza de la Iglesia católica y de la Patria, y en cuyos pechos generosos palpita el afán de recobrar, para gloria de una y otra, las perdidas alturas.

Muy abajo, a Dios gracias, queda la sima del hundimiento de nuestra oratoria sagrada; pero muy arriba está todavía la meseta en que nos aguarda la gloria de nuestros padres. La reconquista habrá

terminado cuando logremos realizar el ideal que ellos realizaron: saber presentar a nuestro pueblo la verdad y la virtud con tales gracias, que se lleven tras de sí los corazones.

Lo primero que esto requiere es un concepto exacto y, por tanto, levantadísimo de la oratoria sagrada.

Cristo mismo consagró con su ejemplo el ejercicio de la predicación, y mandó a los Apóstoles como enviados y embajadores suyos a predicar la reconciliación del mundo con Dios por Jesucristo, a enseñar por toda la tierra (48).

"Id y enseñad a todas las gentes, haciéndoles guardar cuanto os he mandado." La verdad y la virtud: he ahí el santo fin de la predicación: disipar los errores y corregir las bastardas pasiones. ¡Qué lucha constante, de veinte siglos ya, la que contra el error y el vicio sostiene la cátedra sagrada! ¡Cuántas veces ante sus ataques las muelles, enervadoras sirenas de la corrupción se han trocado en panteras y tigres de feroces persecuciones! Rara vez, aunque ni en los antiguos ni en los modernos tiempos faltan casos, la oratoria profana ha concitado y enfurecido los odios enemigos hasta el punto de que tomasen cruenta venganza en la lengua o en el pecho del orador; pero son incontables los mártires de la elocuencia cristiana, e incontables también sus triunfos; esos tigres y panteras de persecución ciega y frenética, ¡cuántas veces han caído rendidos a las plantas del predicador cristiano, convertidos en corderos, llorando sus aberraciones, y cuántas más todavía la palabra del sagrado orador ha arrebatado de sórdidas prisiones terrenales a los espíritus y los ha levantado al entusiasmo de los más puros y redentores ideales, a la perfección y a la santidad! Tal es, tan noble, levantado y arduo el fin de la oratoria sagrada, del cual ni por un momento debe apartar sus ojos quien a ella se consagre.

Dije al principio que el discurso de ingreso de D. Antonio Maura en esta Academia podía llamarse código de oratoria, y en él he de espigar algunas pensamientos magistral e insuperablemente expresados. "Piense el orador—dice—que no tiene oficio de histrión ni es pasatiempo su discurso, y atienda al designio final, pues le roba a su asunto, a su ministerio, cuanto invierta en alarde de lucimiento personal y en pompa superflua; habla para comunicar a las almas afectos, ideas, resoluciones." Esto que dice de todo orador, a ninguno obliga tanto como al sagrado. Para serlo requiérense cualidades na-

turales, adquiridas e infusas. Estas últimas son necesarias, "más que todo, todas las virtudes, mucha y continua oración, grande y vivo espíritu de Nuestro Señor, ardiente deseo de ganarle ánimas, don sobrenatural de mover" (49). La "piedad del orador sagrado", dice Maura, "interviene en la oratoria de modo semejante a los prismas de diáfano cristal que centuplican la potencia del faro erguido para penetrar las brumas, dominar las olas y fijar los derroteros".

Mas no es de estas cualidades infusas, con superar en importancia a las otras cuanto el alma al cuerpo, de las que quiero tratar aquí, ni de las naturales, sino sólo de las adquiridas, que se reducen a la preparación remota y próxima del orador.

La debida preparación remota exige fondo de ciencia y doctrina y cultivo de la forma. Si la oratoria no ha de degenerar en charlatanería, requiere ciencia; para enseñar hay que saber; el verbo de los labios es expresión del verbo de la mente; ayuna de ideas, la oratoria es enteca y estéril. Nuestra elocuencia clásica iluminó el mundo con las antorchas de su saber teológico y escriturario; un siglo de intensos estudios precedió al de oro de la oratoria; nuestros mejores predicadores eran también grandes sabios.

Requiere la oratoria, además de abundancia y claridad de ideas y de doctrina, arte de palabra y elocución. Si nuestro renacimiento no hubiese abundado, como abundó, en preceptistas literarios inspirados en los modelos de la sabia antigüedad, las lumbreras de la cátedra no se habrían convertido en glorias del púlpito. Cuando leí en la obra de Micer Juan Costa, de 1570, que en aquellos tiempos había quienes estimaban inútil la retórica (50), comprendí que una generación educada en el menosprecio de la disciplina mental de la elocución, había abonado el terreno para el gongorismo y el conceptismo, agostadores de nuestras buenas letras. Gran estudio y cultivo necesita el lenguaje, hoy más que nunca; porque hay que devolverle sus nativas cualidades, depurarlo de tantas impropiedades como lo deturpan y restaurarlo en su riqueza, elocuencia, viveza, libertad y brillo. A fuerza de inspirarse los dos siglos pasados en libros extranjeros, hemos heredado nuestra Lengua empobrecida y desfigurada; mucho empeño hay que poner en devolverle su antiguo esplendor, sin que por ello hayamos de encerrarnos en murallas chinas, que nos priven de cuanto bueno el extranjero ofrezca; avaros de atesorar para nuestra patria, busquemos la verdad, la bondad y la belleza en todos los campos; pero al naturalizarlos en el nuestro, vertiéndolos

en nuestra lengua, no quede ésta mutilada y desfigurada según la hechura de las extrañas. Nuestra construcción es variadísima y muy independiente del rigor gramatical en la distribución de los elementos; su norma suprema es el buen gusto, la armonía, claridad, sonoridad y eficacia en presentar los conceptos de modo que hiera más la mente aquello que prefiere el orador, es decir, guarda las mismas reglas del hipérbaton latino, que ninguna otra lengua ha heredado con tan abundante riqueza como la nuestra. Para adiestrarse en esto, nada mejor que familiarizarse con nuestros clásicos, manejándolos toda la vida, desde los años primeros; la constante lectura que se da en nuestros Seminarios de las obras ascéticas del Siglo de Oro contribuye mucho a ello; pero no basta; se necesita además detenido y reflexivo estudio de los giros peculiares de nuestra lengua; mas, con todo eso, huyamos de pretender dar vida a lo muerto, y estemos alerta para evitar que el estilo sepa a rancio.

Al dominio del lenguaje hay que añadir el estudio de la retórica y las reglas de los diversos géneros de oratoria; en nuestros clásicos tienen todos representación y se hallarán excelentes modelos; hay que hacerse a ellos a fuerza de uso y frecuente estudio crítico, de manera que el arte llegue a sernos connatural y la forma nazca con la idea en nuestra mente, único medio de que la elocución, por artística que sea, no parezca artificiosa, ni pierda el don inapreciable de la ingenuidad y naturalidad, "gala nativa, única hermosura con que el estilo hechiza al entendimiento" (51). Nada merma tanto el efecto de la oratoria como el amaneramiento, ya sea en el lenguaje, al estilo de los que, según Cicerón (52), creen que hablar bien es hablar de modo desusado, ya sea en el gesto, los ademanes o la voz, ya, por último, en la hinchazón y solemnidad desmedida. ¡A cuántos oradores noveles podría Maese Pedro repetir aquellas sabias palabras: "¡Llaneza, muchacho; no te encumbres, que toda afectación es mala!" (53).

"Primores de estilo—dice Maura—que enajenan o empeoran la atención simpática del auditorio son monedas de vellón trocadas por oro." Concisión, sencillez, y naturalidad: he ahí lo que da gracia y eficacia al estilo oratorio. Magistralmente lo dice Cervantes (54): "Con palabras llanas, significantes, honestas y bien colocadas salga vuestra oración y período sonoro y festivo, pintando en todo lo que alcanzáredes y fuese posible vuestra intención, dando a entender vuestros conceptos sin intrincarlos y oscurecerlos."

Y Maura decía en el referido discurso: "La preparación cuidadosa sólo se concierta con la ingenuidad por medio del trato asiduo, crítico y reflexivo, con los buenos modelos, hasta contraer el hábito de una feliz y noble elocución. La familiaridad con los prosistas y poetas clásicos enriquece y perfecciona, en la mente misma del orador, el léxico y la forma de enunciación, aliviando a la lengua del cuidado de traducir y acicalar las ideas; conseguido esto, viene lo demás por añadidura."

Con esa preparación remota de fondo y de forma, ya sólo faltaría la próxima para que en la composición brillasen las cinco lumbres que exigía Cicerón: claridad, brevedad, buen gusto, decoro y suavidad (55).

Esa preparación próxima consiste, primero, en elegir tema y en proponerse, teniendo en cuenta todas las circunstancias, el designio que se juzgue más oportuno, como fin del sermón. Contra esta oportunidad, a la cual va vinculada grandísima parte de la eficacia, se suele pecar mucho. Con razón censura Maura que "en la cátedra sagrada, por muy lejanos que estén, como están dichosamente, los días de *Fray Gerundio de Campazas,* todavía es frecuente la trivialidad, que, como no sea por vía del sueño, ningún otro acceso puede tener al ánimo de los fieles congregados; y tampoco es raro predicar para humildes devotas y para aldeanos rústicos, arremetiendo el orador contra las herejías más extravagantes, de las cuales ellos jamás oyeron hablar, ni harían caso, aunque las conocieran, o enzarzándose en las disertaciones teológicas más inaccesibles para el auditorio; lamentable empleo de la ocasión, que podría aprovecharse para mondar los manantiales encenagados del amor santo, y avivar conciencias adormecidas".

En verdad, la vuelta a nuestros clásicos sacará de titubeos al orador sagrado en el punto, no siempre fácil, de la elección de tema, porque en nada abundan ellos tanto como en la explicación y aplicación del Evangelio; y esto es siempre oportuno; siempre y en todas partes tienen las almas hambre de ese pan de su espíritu, y el predicador obligación de repartirlo.

Propuesto el designio y elegido el asunto, se debe parar mientes en lo que sobre tal materia piensa y siente el auditorio, y en lo que debiera pensar y sentir, en las razones que valgan para convencerlo y en las que puede oponer, en lo que sabe y en lo que ignora, y de un modo especial en los vicios que hay que reprender (56); para cautivar la atención y mantenerla interesada, no hay medio tan eficaz

como entrarse así en el ánimo de los oyentes, acomodarse a él, y, sin forma externa polémica, entablar dentro de su mente el combate.

Debe trazarse el plan escalonando los razonamientos, levantando cada vez más la llama del afecto en justa proporción con el fin designado, y cuidando mucho de que las diversas partes guarden entre sí trabazón y orden lógico, única forma de poner cerco a la inteligencia para que se rinda a la verdad. Y así trazado el sermón, hay que cocerlo, como pan que ha de ser, en encendido horno de meditación fervorosa. No basta pensar y madurar en la mente las ideas hasta que adquieran nitidez los conceptos y se prepare el ánimo para la más vigorosa expresión; no basta ver claro y decir bien; hay que sentir hondamente lo que se dice; sin el fuego del celo, sin vivísimos deseos de hacer bien a las almas se podrá ser orador, pero no orador sagrado. Sólo en la oración se preparan los verdaderos sermones cristianos; sólo representándose en la presencia de Dios a los oyentes, sus necesidades y condiciones, se trenzan bien los razonamientos, se teje el discurso y se endereza todo a lograr el remedio y la salud de las almas; que éste y no el aplauso ni las lisonjas de éxitos mundanos es el fin de la predicación. "Las lágrimas de tus oyentes sean tus alabanzas", decía San Jerónimo. No otro aplauso apetecía el Crisóstomo que el de las buenas obras, no las buenas palabras, de sus oyentes.

Podrá ser o no conveniente escribir la composición; yo creo que, mientras el orador no sea maduro, conviene; el escribirla merma, indudablemente, la fuerza, como que trabaja casi sola la memoria; por el contrario, la palabra naciente de un ánimo lleno de ideas y de un corazón caldeado tiene mucho más filo y eficacia; pero, en cambio, quien no domina aún la elocución, puede, por no haber escrito, malograr toda su obra. Sólo escribiendo y limando las composiciones se llega a hablar con propiedad, concisión, eficacia y conveniente brevedad. Antes de llegar a ese punto, y especialmente si el orador es abundoso y parlero, todo el tiempo que falta en la preparación sobra en la elocución, con tedio de los oyentes y pérdida de fruto.

El licenciado Muñoz cuenta del Beato Juan de Avila que, "habiendo el P. Maestro Fray Luis de Granada venido a verle a Montilla, le oyó un sermón, en que habló con levantadísimo espíritu, de que quedaron todos admirados. Comiendo este día juntos, le dijo el Padre Fray Luis: —Cierto, P. Maestro, que no ha dejado hoy V. R. piedra en la retórica que no haya movido—. Respondió el P. Maestro: —No

me cuido de eso, en verdad—. Y pidiéndole el P. Fray Luis el sermón para copiarle, sacó del seno una dobladura de una carta, donde en pocos renglones estaban los puntos reducidos" (57).

Y no se tome eso por menosprecio de la retórica; lejos de ignorarla el sabio Maestro, tan fomentador de los estudios como aprovechado en ellos, la poesía de tal suerte, que ya no necesitaba cuidar de la forma oratoria.

No porque son tan útiles los buenos modelos se crea que carecen de utilidad los malos. En 1617 escribía Terrones (58): "El P. Maestro Castroverde, que es el orador de más caudal que yo he oído, dice que ha aprendido más de los malos predicadores que de los buenos, guardándose de caer en las faltas que les ve caer a ellos, y de lo que ve que el auditorio cuerdo les reprende o murmura."

En resumen: el cultivo de las ciencias sagradas, que, gracias a Dios, es cada día más intenso entre nosotros; el estudio teórico del arte retórica y su aprendizaje práctico hasta adquirir tal punto de destreza que se observen las reglas sin mengua de la naturalidad, y el manejo constante, reflexivo, crítico, de nuestros modelos clásicos, constituyen en lo humano la labor a que ahincadamente ha de entregarse la juventud, si quiere ver satisfechos sus nobles deseos de recobrar, para bien de la Religión y de España, la gloriosa altura en que la aguardan los laureles que ganaron nuestros padres, como maestros de la oratoria sagrada.

# NOTAS

(1) Discurso en la Real Academia de Jurisprudencia, en 1913.

(2) Discurso en la Real Academia de Jurisprudencia, en noviembre de 1898.

(3) GOICOECHEA: *Maura, orador.* (Discurso en la Real Academia de Jurisprudencia, publicación LXXIV de la misma, pág. 74.)

(4) Véase, p. e., TICKNOR: *Historia de la Literatura española.* (Traducción Gayangos y Vedia, edición Rivadeneyra, 1854, t. III, págs. 359 y 436.)

(5) CICERÓN: *Tusculan.* (Lib. II.)

(6) MARCO ANNEO SÉNECA: *Controv. lib. Praef.*

(7) ESTRABÓN: *Geograph.* (Lib. III.)

(8) CICERÓN: *Orat. pro Balvo.*

(9) HORACIO. (Lib. II, Od. 20.)

(10) ALPHONSI GARCÍA MATAMORI HISPALENSIS, &: *De asserenda Hispanorum eruditione seu de viris Hispaniae doctis narratio apologetica.* (Compluti. Brocari, 1553.)—*Ensayo Histórico apologético de la Literatura española, &&.*—*Disertaciones del Sr. Abate* DON XAVIER LAMPILLAS. (Traducción de Amar y Borbón, Zaragoza, 1872.) Lampillas fué uno de los jesuítas que, expulsados de España, endulzaban los tristes años del destierro combatiendo en las nobles lides de la crítica literaria por el honor y la gloria de su patria.—P. FEIJÓO: *Teatro Crítico.* (T. IV, disc. XII y XIV.)—MENÉNDEZ Y PELAYO: *Historia de las ideas estéticas en España* (cap. I), donde vindica a Marco Anneo Séneca.

(11) NICOLÁS ANTONIO: Biblioteca Vetus Hispana: Dr. D. Pedro Antonio Sánchez (Discurso sobre la elocuencia sagrada en España, Madrid, 1778.)—MENÉNDEZ Y PELAYO: *Historia de las Ideas Estéticas en España* (cap. II.)

(12) BLANQUERNA, t. II, págs. 105-106. Edic. de la "Revista de Madrid".

(13) Sobre este venerable franciscano, muerto en Perpiñán en 1409, fecundísimo escritor de grandes méritos literarios, tanto de fondo como de forma, varón de gran influencia política en la Corte aragonesa, orador evangélico infatigable pueden verse, además de la Bibliotheca Hispana Vetus, de NICOLÁS ANTONIO — donde se encuentran escritos de los oradores que nombro y de muchos más—(t. II, p. 179, etc.), la Bibliotheca Universa Franciscana, de FR. JUAN DE SAN ANTONIO (t. I, pág. 448); *Supplementum et castigatio ad.scriptores trium Ordinum S. Francisci a Waddingo aliisve descriptos,* por FR. JACINTO DE SABARALLA (pág. 290), y los artículos que FR. ANDRÉS IVARS publicó en Archivo Ibero-Americano (t. XIV, pág. 76, 1920, y t. XIX, páginas 287 y 386) con el título *El escritor Fr. Francisco Eximenez en Valencia.*

(14) Véase AMADOR DE LOS RÍOS: *Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos de España.* (Madrid, 1848, ensayo II, capítulos VII, pág. 339; IX, pág. 384, y XI, pág. 434.)

(15) Un escritor casi coetáneo del Santo lo declara en estos términos: "Aixi regalaven les bresques de les sues dolces paraules dins los vexells de les animes dels ohints, que en la divina amor los endolcia, fent los deixar la amargor dels trists peccats y vicis."—MIGUEL PÉREZ: *Vida de San Vicente Ferrer.* (Valencia, 1510.) Está en la biblioteca de la Universidad de Valencia, y lo cita D. Roque Chavás en su artículo *Estudios sobre los sermones valencianos de San Vicente Ferrer, &.* (*Rev. de Arch., Bibl. y Museos,* año VI, 1902,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA · BIBLIOTECA ·

número 1.)—Véase también el Sermón de Pasión predicado por San Vicente en Murcia (Bibliot. Escurial., M. II, 6), publicado por el P. Zarco en *La Ciudad de Dios* (20 de enero de 1927).

(16) Miguel Mir: Prólogo al tomo XVI de la Nueva Biblioteca de Autores Españoles. *Escritores místicos.* "Hombre de maravilloso ingenio y pronteza, grandísimo predicador, muy docto en las Letras Sagradas y ejercitado en la Filosofía moral, y sobre todo muy estimado de los Reyes por su bondad de vida y doctrina", lo califica Luis del Mármol Carvajal, en su *Historia del rebelión y castigo de los moriscos del Reino de Granada,* impresa en Málaga por Juan René, año de 1600, libro I, cap. XXI.

(17) A los Reyes Católicos decía en el prólogo de su historia: "Possumus de italis dicere quandocumque natio haec nobis litteras dabit omnia corrumpet."

(18) Amat de Gravesón: *Historia Eclesiástica.* (Ad saec. XV, coll. 5.)

(19) D. José Climent, Obispo de Barcelona, *Pastoral dirigida al Clero de su Diócesis al publicar, traducidos al castellano, los seis libros de la Retórica Eclesiástica del P. Granada.* (Barcelona, 1778.)

(20) *De arte praedicandi.* Opusculum Petri Cirueli (divini verbi praedicatoris celantissimi, dice en la portada). Colofón: Eguia, 1528.—*De ratione dicendi libri duo,* per Alphonsum Garciam Matamorum Hispalensem: *Artis Retoricae prophesorem in Complutensi Academia.*—Colofón: Excudebat Compluti Brocarius, 1548.—Alphonsi Garciae Matamori Hispalensis, &: *De tribus dicendi generibus, &&, cui accessit de methodo concionandi liber unus &.* Compluti, 1570. *De Sacris concionibus recte formandis, deque ratione theologiae discendae compendiaria formula.*—Alphonso Zorrilla: *Sacrae Theologiae Magistro authore.* (Romae in vico Peregrini apud Balthasarem de Cartulariis Perusinum, 1543.)—Andreae Semperii: *Valentini, &, Methodus oratoria item et de sacra ratione concionandi libellus.* (Valentiae, 1568. Dedica la obra al Obispo de Orihuela, antes predicador de Carlos V y Felipe II, D. Gregorio Gallo, y dice de él en la dedicatoria: "primum locum inter concionatores hujus temporis obtinere", "summum concionatorem", "nihil in arte bene dicendi vel concionandi traditum esse quod tu perfectissime non teneas, observes, exerceas".—Joannis Costae Caesaraugustani: *De utraque inventione oratoria et dialectica libellus.* (Pompeiopoli, 1570.)—P. Juan Segoviense, dominico: *De Praedicatione Evangelica.* (Alcalá, 1573.) *Modus concionandi. Didaco Stella Minorista auctore.* (Salmanticae, 1576.) *Rethorica Christiana ad concionandi et orandi usum accommodata utriusque facultatis exemplis suo loco insertis; quae quidem ex indorum depromta sunt historiis, &,* auctore... Didaco Valades. Colofón: Perusiae apud Petrumjacobum Petrutium, 1579. Es curiosísima esta obra, llena de noticias y grabados de las costumbres de los indios americanos. *De arte oratoria, &,* auctore Bartholomaeo Bravo e S. J. (Medina del Campo, a canto 1596.)

(21) Petri Joannis Perpiniani: *Valentini, e S. J. Orationes duodeviginti.* (Brixiae, 1589.)

(22) Alexio Venegas: *Breve declaración de las sentencias y vocablos obscuros,* etc. (Cap. I.)

(23) Ambrosio de Morales: *Discurso sobre la lengua castellana.*

(24) Carta a D. Pedro Portocarrero; la trae Mayáns en la edición de poesías de Fr. Luis. (Valencia, 1761.)

(25) Fr. Luis de León: *Nombres de Cristo.* (Libro III.)

(26) Cámara: *Vida y escritos del B. Alonso de Orozco.* (Valladolid, 1882, libro II, cap. V.)

(27) Miguel Mir: Prólogo del tomo III de la Nueva Biblioteca de Autores Españoles. *Sermones,* I.—Véase también Cejador: *Historia de la lengua y literatura castellana.* (Tomo III.)—Pedro Antonio Sánchez: *Discurso sobre la elocuencia sagrada en España.* Y así muchos otros.

(28) Mayáns y Siscar: *Ensayos oratorios.* (1739, pág. 170.)

(29) Fr. Juan González de Critana: *Sylva comparationum.* (Valladolid, 1608.)

(30) Francisco Terrones: *Arte o instrucción y breve tratado que dice las partes que ha de tener el predicador evangélico.* (Granada, por Lorenzana, 1617.)

(31) *Chronica Sacri et Militaris Ordinis B. Mariae de Mercede,* auctore Fr. Bernardo de Vargas. (Parte segunda, pág. 341.)

(32) Obra y parte citadas en la nota 31, pág. 453.

(33) Guerrero: *Vida del R. P. Maestro Fr. Fernando de Santiago,* varón prodigioso en su predicación, etc. (Año de 1650.)

(34) Pacheco: *Libro de Retratos.*

(35) *Consideraciones sobre los Evangelios de los Santos que con mayor solemnidad celebra la Iglesia* (con un breve paráfrasis y explicación de las letras de los Evangelios), por el P. M. Fr. Hernando de Santiago, del Orden de Nuestra Señora de la Merced, Redención de cautivos, etc. (En Madrid, Madrigal, 1603.)

(36) *Manuscritos de sermones,* del P. Fr. Lucas de Alaejos. (Bibl. Escurialense, h. IIII, 14.)

(37) Entre tantas pruebas como podrían citarse, véase lo que en 1778 copiaba del autor *anónimo* francés de las *Nuevas observaciones sobre el modo de predicar,* y de la carta del P. Ganganelli, después Clemente XIV, D. Pedro Antonio Sánchez en su *Discurso sobre la elocuencia sagrada en España,* páginas 84 y 92.

(38) Feijóo: *Teatro crítico.* (Tomo I, disc. XV, núm. 20.)

(39) *Historia del famoso predicador Fr. Gerundio de Campazas, alias Zotes.* (Lib. III, cap. III, núms. 8, 9 y 16.)

(40) Sánchez: *Discurso sobre la elocuencia española.* (Pág. 88.)

(41) *Varios sermones predicados en diversas ocasiones y a diversos assumptos,* por Fr. Juan Interian de Ayala, del Real Orden de Nuestra Señora de la Merced, etc., etc. (Primera parte, en Salamanca, 1702; segunda, en Madrid, 1720.)

(42) Gregorio Mayáns y Siscar: *Oración que exhorta a seguir la verdadera idea de la elocuencia española.* (Valencia, 1727.)—*El orador cristiano ideado en tres diálogos.* (Valencia, 1733.)—*Ensayos oratorios.* (Madrid, Zúñiga, 1739.)—*Retórica.* (Valencia, 1757.)

(43) Bocanegra: *Sermones.* (Madrid, 1773.)

(44) Pedro Antonio Sánchez: Obra citada en la nota 11.—Sánchez Valverde: *El Predicador,* etc. (Madrid, 1782.)—Soler de Cornellá: *Aparato de elocuencia para los oradores sagrados,* 1789.

(45) *Los seis libros de la Retórica eclesiástica o de la manera de predicar, escritos en latín por el Maestro Fr. Luis de Granada y vertidos en español y dados a luz de orden del Ilmo. señor Obispo de Barcelona para instrucción de sus feligreses.* (Quinta edición. Barcelona, 1778.)

(46) Feijóo: *Teatro crítico.* (T. I, Disc. XV, núm. 3.)

(47) Capmany: *Filosofía de la elocuencia.* Nueva edición. Madrid, Sancha, 1842.

(48) San Pablo: II Cor. V, 19, 20.

(49) Terrones: *Arte o instrucción,* etc., citado en el número 30.

(50) Joannis Costae Caesaraugustani: *De utraque inventione oratoria et dialectica libellus.* Pompeiopoli, 1570.

(51) Feijóo: *Teatro crítico.* (Disc. XV, núm. 13.)

(52) Cicerón: Lib. III de Orat.

(53) *Quijote,* parte II, cap. 26.

(54) *Quijote,* prólogo, primera parte.

(55) *Dilucidum, breve, probabile, illustre, suave.* Cicerón, part. orat., número 6.

(56) El Ilmo. Sr. Terrones (en su obra *Arte o instrucción, &*, citada en el número 30), dice: "También en esto de las reprensiones es menester mirar que sean a propósito de las costumbres y vicios del auditorio, y si es recién venido el predicador, háse de informar de las costumbres del pueblo antes que predique. Tulio, 2. De oratore: "Ad consilium de republica dandum caput est nosse rempublicam; ad dicendum vero probabiliter nosse mores civitatis." Algunos venían a la corte y a palacio de nuevo que entraban luego reprendiendo a diestro y siniestro cortesanos y aun Reyes, y daban por cima de la cuerda riñendo lo que allí no pasaba, ni aun por pensamiento; y como en la tienda del platero, él y sus oficiales dan muchos golpes con los martillos en la pieza de plata que labran; pero si entra uno de fuera, que no es del arte, y da un golpe solo, se enojan con él y le quitan el martillo de la mano, y con razón, porque como los oficiales saben dar golpes con arte, y donde los han de dar, con ellos labran y perfeccionan la pieza de plata; pero un solo golpe del que no sabe, la abolla y estraga; así los predicadores que saben qué teclas han de tocar en Palacio y auditorios graves, y vulgares, reprendiendo aprovechan, porque lo hacen con arte; pero el que a troche y moche, sin saber por do va la danza da golpes reprendiendo lo que no sabe si hay, ni cómo se ha de tratar, ofende y hace odioso, de manera que no es mucho que le quiten el martillo de la mano."

Era frecuentísimo que nuestros oradores clásicos reprendiesen los vicios de la corte, predicando ante ella, con gran valentía y libertad evangélica. Podrían citarse numerosísimos ejemplos; vaya solo uno que otro: Don Martín Pérez de Ayala, en el cap. XVIII de su autobiografía (puede verse en el tomo 2 de la Nueva Biblioteca de Autores Españoles, *Autobiografías y Memorias*), dice: "Este año, día de Santiago, prediqué por mandado de Su Majestad en Santa Fe, Monasterio de Monjas de la Orden en Toledo, donde el Rey y los caballeros hacían la fiesta, donde, al propósito de la milicia y ejercicio de ella, y las correrías que los moros hacían cada día por las costas de estos sus reinos, dije algunas cosas claras, con que descargué mi conciencia, aunque no faltó quien dijo que me había excedido sobre lo que a la conversión general de los moros tocaba."

Notable fué también en esto el P. Cáceres. Al publicar en 1920 el meritísimo P. Luis G. A. Getino la *Paráfrasis de los Salmos de David por Fray Antonio de Cáceres y Sotomayor* (Madrid, 1920), poniendo al alcance de todos obra de tan subido valor, la enriqueció con una introducción, en cuyo capítulo VIII pueden verse algunas muestras de su valentía en reprender vicios predicando ante la corte.

Del célebre predicador sevillano Fr. Nicolás Baptista Bernal se cuenta que predicaba ante Felipe IV con tal libertad y entereza, que los cortesanos, escandalizados, se quejaron; el Rey les respondió: "Enmendémonos, y él se moderará."

(57) Lic. Muñoz: *Vida del Beato Avila*, en la colección de las obras del Beato, edic. Fernández Montaña, t. IV, pág. 458.

(58) Terrones: *Arte o instrucción*, etc., citado en la nota núm. 30.

# CONTESTACIÓN

## DEL EXCMO. SEÑOR

# D. FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN

Señores Académicos:

Durante una semana del año de 1902 fué obligado tema de conversación en las tertulias literarias y en los centros eclesiásticos de Sevilla el regreso a la opulenta ciudad de la Giralda de un antiguo y predilecto alumno de su Seminario Conciliar, llamado Leopoldo Eijo y Garay. Referíase, con variados comentos, la breve aunque interesante historia que podía tener a la sazón un joven de veinticuatro años recién cumplidos. Algunos recordaban cómo siendo niño de nueve años, de familia venida a menos recientemente por azares de la fortuna, y viuda su madre, forastera en la ciudad, de nada le habrían servido los herrumbrosos timbres de añeja hidalguía en sociedad que, por lo común, sólo se paga del grosero *tener,* si, por una excepción venturosa, de las que casi solamente se dan en la Iglesia, no hubiera hallado la protección necesaria para ocupar plaza gratuita de alumno en el dicho Seminario. Otros traían a cuento de qué manera aquel escrúpulo de seminarista, sin dejar de cometer las travesuras propias de un muchacho de buena complexión y de alegre espíritu, cumplía tan a carta cabal en sus estudios, que se hacía estimar de todos sus profesores y admirar y querer de todos sus condiscípulos, y alguno de éstos, de los que le fueron más allegados, encarecía cómo, por su tierno amor filial, Eijo acostumbraba a devolver a su madre las monedas que ella le daba para que comprase chucherías cuando saliese de paseo con los demás becarios, porque al mancebillo esta delicada acción le hacía mejor paladar que le habrían hecho las avellanas y almendrados con que se regalase. Glosaban otros la brillantez de su hoja de estudios hispalenses, tal, que por ella obtuvo cierta distinción jamás hasta entonces otorgada: la de lograr, sin ser natural de la diócesis, una pensión para estudiar facultades mayores en el Colegio Español de San José, de Roma.

A estas pláticas, como era natural, seguían otras diversas, referentes al singular aprovechamiento de Leopoldo Eijo en la gloriosa capital del orbe católico, donde nadie hubiera podido emplear mejor

que él los nueve años de su permanencia en la Ciudad Eterna. Porque, amén de recibir las sagradas órdenes, hasta la del presbiterado inclusive, en la Academia Romana de Santo Tomás de Aquino obtuvo, *némine discrepante,* el Sr. Eijo el grado de doctor en la Facultad de Filosofía, y en la Pontificia Universidad Gregoriana ganó el de doctor en Teología, con la calificación extraordinaria de *superavit cum máxima laude,* y el de doctor en Derecho Canónico, con la nota de *superavit óptime.* Todo esto, sin olvidarse de su patria ni de los varones que la ilustraron y engrandecieron, pues en 1898 ganaba el premio propuesto por el Vicario General de las Escuelas Pías de España, en el certamen nacional celebrado en Barcelona para conmemorar el centenario de San José de Calasanz, y dos años después se le discernía el galardón ofrecido por el Ayuntamiento de Sevilla para otro certamen nacional organizado en la metrópoli andaluza en honor del Beato Fray Diego José de Cádiz. Y referíase con el merecido elogio que, antes y después de recibir las sagradas órdenes y los grados académicos, el Sr. Eijo estudiaba a fondo la lengua santa y la de Homero, además de perfeccionarse en los primores de la de Virgilio, y de las vivas, aprendía, no ya la italiana, tan familiar para él como la española, sino asimismo la de Bossuet y la de Tomás Moro, las cuales hablaba y escribía con soltura. Aun otras importantes disciplinas había aprendido notablemente en Italia el Sr. Eijo, aunque de ellas no se expidiesen diplomas: un trato social exquisito, sin dejar de ser de evangélica llaneza, y un hábil conocimiento del mundo y de sus huéspedes racionales, ciencia práctica utilísima para andar por la vida y leer en los corazones lo que el disimulo, taimado las más veces, no deja asomar a los labios. Y todavía, como por otrosí, trajo de allá otra valiosa presea: un depuradísimo buen gusto en materia de Letras y Artes, bien que de eso llevaba en el alma la levadura, porque ni en Roma ni en parte alguna del mundo es dado obtener esa excelencia estimabilísima a quienes Dios no la quiso otorgar como exquisita merced *gratis data.*

Añádase a todo esto que el Sr. Eijo y Garay, galardonado en 1899 por la Pontificia Academia Romana de Santo Tomás de Aquino con un premio extraordinario *ad exemplum,* único en sus anales, había dado en Roma señaladísimas muestras de su excepcional disposición para la cátedra y para el púlpito, y se tendrá cabal idea de cómo y con qué méritos, al regresar a España, profesando teórica y prácticamente las virtudes cristianas, sin vana y aun dañosa gazmoñería,

el antiguo estudiante de Humanidades se presentó al Arzobispo hispalense D. Marcelo Spínola y al Rector de aquel Seminario, para decirles: "¡Aquí estoy! Mientras Dios no disponga otra cosa, quiero pagar con mi trabajo el bien que recibí en Sevilla: justo es que dé los primeros frutos donde di las primeras flores." Esta gran virtud del agradecimiento, que de ordinario es cosa efímera y deleznable, había, como dicen, hecho clavo en el alma del Sr. Eijo, quien sirvió en cuanto le mandaron: como oficial de la Secretaría de Cámara y Gobierno del Arzobispado, como director de la Congregación para el Fomento de la Predicación Católica y como catedrático de Lengua hebrea en la Universidad Pontificia Hispalense. Por su misma rara y laudable cualidad de agradecido, este hidalgo, sevillano de adopción, luce en el escudo de sus armas episcopales el histórico *No me ha dejado* del de Sevilla, pues así como Sevilla, siempre fiel, no abandonó al rey Don Alfonso el Sabio, hostilizado por su misma sangre, por su rebelde primogénito, así el Sr. Eijo, nacido en tierra de Galicia, pero siempre fiel a la ciudad que le acogió siendo niño, *no la ha dejado* tampoco, antes la recuerda con la ternura de que sólo son capaces los corazones nobles, que ignoran la negra deslealtad del olvido.

Como vemos, de nada habían servido a D. Leopoldo Eijo para abrirse paso muy lucidamente por el mundo el heráldico roble y las cinco rosas vascofrancesas del apellido Garay. Pero su espíritu, que atesoraba otra más alta nobleza que la de la sangre, no había menester buscarla entre las cenizas de sus mayores,

> "Como quien uvas no halla,
> y anda cogiendo rebusca",

en atinada frase de Juan de Mena; bastábale aquella otra nobleza personalísima e inalienable a que se refería Fray Diego de Estella en su *Libro de la vanidad del mundo*: "La nobleza verdadera, que es la virtud, es propia tuya; la qual ninguno te la podrá dar, ni quitar si tú no quisieres." Esto mismo, ya explanado por Séneca en algunas de sus *Epístolas,* había dicho Juan de Lucena en su sabroso diálogo intitulado *De vita beata*: "¡Oh ignorantes! No miran que la nobleza nace de la virtud, y no del vientre de la madre, ni catan que el gavilán del espino es mejor que el de la haya." Para el caso de ganar por aliento propio el renombre que, aunque fuesen ricos, no habrían podido

comunicarle sus padres, "gavilán del espino" es quien, fuera del favor inicial, todo lo ha debido, después que a Dios, a su talento, a su perseverancia en el estudio, al generoso esfuerzo de su ánimo y a las demás virtudes que son caudal y adorno de un buen sacerdote de Cristo. Es el nuevo académico hijo de sus obras, y no hay nobiliario más breve, ni más honrador, ni menos expuesto a errores y trampantojos,

"Pues no consiste en nacer
la prez y gloria mayor;
que es dicha nacer señor,
y valor, saberlo ser."

Poco tiempo se hicieron esperar los legítimos aumentos que en su carrera había de obtener hombre de tan notables prendas como el Sr. Eijo y Garay. En diciembre de 1904, tras muy reñidas oposiciones, fué elegido Canónigo Magistral de la Santa Iglesia Catedral de Jaén; a principios del año siguiente, la Pontificia Academia Romana de Santo Tomás de Aquino, que años antes le había discernido un premio excepcional, único en su historia, y que sólo dispone de diez plazas para extranjeros, le eligió académico de número en la que había ocupado el Sr. Orti y Lara, y antes que él, Fray Ceferino González, el gran filósofo dominico; en 1908, en nueva oposición, en que lució su vasto saber, obtuvo la Canonjía Lectoral de la Santa Iglesia de Santiago; y como de año en año, en el púlpito y en la cátedra y en frecuentes conferencias y discursos, ora religiosos, ora de carácter social, ganaba mayor y más amplia nombradía, justo y aun necesario fué que la Iglesia aprovechase en puesto más elevado que el de Canónigo todo el copioso fruto que podía y debía cosecharse del poderoso talento, de la vasta cultura, de la actividad incansable y del brioso celo apostólico de quien, sin duda alguna, habría de ser un excelente pastor de almas.

Consagrado, pues, Obispo de Túy a principios de 1914, en esta diócesis y asimismo en la de Vitoria, a cuya sede episcopal pasó tres años después, y en la de Madrid-Alcalá, a la cual vino cuatro años ha, en todas ellas, a caber vanagloria en prelado tan cristianamente humilde como el Sr. Eijo y Garay, podría con buenos fundamentos ufanarse de contar sus admiradores por el número de las personas que alguna vez escucharon su predicación y por el de los hombres capa-

citados para conocer las notables dotes con que sabe gobernar una diócesis quien, sobre tener inmejorable voluntad para lograrlo, está en posesión del saber, la energía y la prudencia que a tal fin conducen.

Sin ser muy copioso el número de los trabajos impresos del señor Eijo y Garay, porque la mayor parte de su labor ha sido oral, y realmente son incontables los sermones, conferencias y discursos que ha pronunciado en las tierras de Sevilla, Jaén, Galicia, las Provincias Vascongadas y ambas Castillas, debo hacer mérito, no sólo de sus muchas pastorales, modelos de buen decir y de elevado espíritu evangélico, sino también de las dos monografías que antes cité como premiadas en sendos certámenes nacionales, compuestas cuando su autor residía en Roma y publicadas respectivamente en el *Mensajero Seráfico* y en folleto suelto, reproducido muchos años después en la *Revista Calasancia,* de esta corte.

Del de 1913 es el estudio intitulado *El primer origen de la vida según el Hexámeron y la Ciencia,* notabilísimo discurso leído en la Pontificia Universidad Compostelana, y que alcanzó muy extendida resonancia, especialmente entre los biólogos de profesión, que no habían podido sospechar tal suma de sólidos conocimientos extrateológicos—si vale decirlo así—en el entonces Canónigo Lectoral de Santiago.

Bajo la humilde apariencia de *Novena al Santo Ángel Custodio de España* sacó a luz el Sr. Eijo, en 1917, un provechoso trabajo de vulgarización de la teología angélica, obrita en que siguió el ejemplo de nuestros clásicos, cuyos libros de devoción están llenos de doctrina teológica, hábilmente puesta al alcance de las personas legas, en lugar de ser, como los más que se componen hoy día, malas traducciones del francés y donde todo se reduce a un huero o casi huero sentimentalismo piadoso, que si poco edifica, aún menos enseña. La publicación de esta *Novena* dió lugar en 1919 a que la españolísima Infanta Doña Isabel de Borbón, tan amante de su patria como todos sabemos, fundase la Asociación Nacional del Santo Ángel Custodio del Reino, el cual, desde mayo de 1920, tiene un hermoso altar en la iglesia parroquial de San José, de esta corte.

Tampoco son para pasados en silencio la *Oración sagrada que en la solemne fiesta de Santa Bárbara de los Artilleros* pronunció en Vitoria el Sr. Eijo por los años de 1919, donde hay tantos rasgos de generoso patriotismo y de entusiástica arenga como de fervor religiosa, ni la tierna y sentidísima *Oración fúnebre* pronunciada al año si-

guiente en Bilbao para conmemorar el primer centenario del nacimiento de aquel glorioso cantor D. Antonio de Trueba, que tan bien supo ahondar en la noble alma del pueblo, ni menos todavía, entre los muchos trabajos impresos cuya enumeración omito por evitar prolijidad, la admirable conferencia que acerca de *Santo Tomás y la Mística* dió el Sr. Eijo en uno de los días de la Semana Tomista de Roma, organizada por la Academia Romana de Santo Tomás de Aquino. La revista *Razón y Fe,* entre varias otras, encareció debidamente la grandiosidad y elocuencia y la fuerza dialéctica con que nuestro nuevo colega supo desarrollar en esta magnífica oración el pensamiento de que "en la ciencia mística hay que ir a Santo Tomás". Pero, ¿qué mucho tan justificado elogio, si el Emmo. Cardenal Billot, de la Compañía de Jesús, en carta al Rector del Pontificio Colegio Español de Roma, ensalzaba con entusiasmo el mérito y la importancia de aquel luminoso estudio? Oid algunas de sus palabras: "El señor Obispo de Madrid, ante el copioso y escogido auditorio que llenaba el aula de la Cancillería, mostró con su doctísima y elocuentísima conferencia cómo la España de hoy es la misma de siempre, y que en ella no se ha extinguido la estirpe de los teólogos que tan buen papel hicieron en Trento y que sirvieron de guía a Santa Teresa en sus altísimos caminos de la Mística. Testigos son los repetidos entusiastas aplausos del aula entera."

En esta breve e incompleta relación de las obras de D. Leopoldo Eijo, en la cual es harto menos lo que digo que lo que callo, he omitido de propósito, porque por más de un motivo requiere párrafo aparte, la mención de una poco extensa, ciertamente; pero de tal valor e importancia, que muy mucho ha contribuído a que su autor sea llamado a compartir las tareas en que se ocupa la Real Academia Española. Había entrado el año de 1920, en cuyo mes de abril debían celebrarse, con el aditamento quinquenal de una oración fúnebre, la anua conmemoración religiosa de la muerte de Cervantes y de cuantos cultivaron gloriosamente las letras patrias; tratóse, pues, en una de nuestras juntas de designar el orador sagrado a quien hubiera de invitarse con el dicho objeto, y tales fueron los informes que acerca del Sr. Eijo y Garay dieron el inolvidable maestro Ortega y Munilla, el Sr. Rodríguez Carracido y algún otro académico, que, defiriendo a su parecer, por voto unánime se acordó rogar al entonces Obispo de Vitoria que aceptase este arduo cometido. Accedió benévolamente y, llegado el día de las exequias, pronunció una

oración tal, que nos dejó maravillados; maravillados de todo: del plan, de su desarrollo, de la abundancia y calidad de los pensamientos, de la novedad y el brillo de las imágenes, de la sobria galanura del estilo, de la frase, siempre correcta y limpia, a todo lo cual daban notabilísimo realce la gentil presencia del orador, su entonación variada y melodiosa, la majestuosa gracia del ademán, todo ello tocado y como sutilmente ungido de una elegancia natural y de un finísimo buen gusto, que pocas veces se vieron coronando tan peregrino conjunto de hermosas dotes oratorias.

Al favor dispensado a la Academia por el Sr. Eijo correspondió ésta con una cortés invitación, rarísima en sus anales: la de que asistiese a la próxima junta para ofrecerle en ella personalmente una sentida expresión de agradecimiento. Pero algo y aun mucho más que esto había en el fondo del asunto, porque al terminar aquella sesión nos decía D. Antonio Maura a tres o cuatro de los Académicos más antiguos: "Este Obispo merece una plaza de número, y la tendrá si le trasladan a Madrid." Palabras de profecía fueron las de aquel insigne Director de nuestra Academia; mas ¿quién imaginara entonces que hubiese de ser su misma plaza la que la suerte reservaba para el señor Eijo y Garay? Murió inopinada y súbitamente D. Antonio Maura; murió como herido por el rayo... Me tiembla la mano cuando escribo estas palabras y me sube del corazón un sollozo de angustiosa pena al recordar la muerte de aquel hombre incomparable, bueno, sabio, ¡hasta santo!; que casi merece este calificativo quien dió tantas y tan señaladas muestras de sus virtudes y de su saber, y, como Cristo, perdonó y aun amó a sus enemigos; de aquel hombre que tan activa y eficazmente se desvelaba por la prosperidad de esta Academia y a cuya magnanimidad, que no a méritos vanos y baladíes, debí, al par que a mi sabio maestro y excelente amigo el gran polígrafo D. Marcelino Menéndez y Pelayo, afectuosísima protección, cuando, náufrago por uno de los azares de la vida, pude exclamar, como Job: "Se han olvidado de mí los que me conocían." Perdonadme, os lo suplico, por este conato de digresión: no es en mi mano dejar de confesar públicamente, en cuantas ocasiones se me ofrezcan, la enorme, pero dulce y agradable carga de mi agradecimiento, que durará vivo y fervoroso cuanto dure mi vida.

Viene siendo regla práctica de la Academia Española que cuando muere uno de sus individuos más insignes se le busque sucesor entre los cultivadores de disciplina distinta de aquélla en que excep-

cionalmente descollaba el fallecido, porque procediendo así, lógrase evitar comparaciones casi siempre perjudiciales al prestigio de la Corporación. A la plaza que ocupó el gran estadista D. Antonio Cánovas vino, ciertamente, un sabio; pero ingeniero y no hombre político: el Sr. Cortázar; y para la vacante del eximio novelista señor Pérez Galdós no trajimos otro novelista, sino que le buscamos sucesor en otro campo y elegimos al Sr. Torres Quevedo, eminente hombre de ciencia. Fué, pues, muy de notar que, muerto D. Antonio Maura y pensando la mayoría de los académicos en traer a su vacante al Sr. Eijo y Garay, Obispo de Madrid-Alcalá, quien, como hemos dicho, contaba desde años antes con la simpatía y el beneplácito de aquel inolvidable Director de nuestra Academia, algunos sujetos extraños a ella, espíritus recios de los que hacen gala de tener por norma de su vida el *nil admirari*, se mostrasen admirados del propósito de elegir para académico a un hombre que es Obispo, aunque además sea expertísimo teólogo, y fllósofo notable, y muy docto canonista, y escritor de los que saben escribir, y elocuentísimo orador sagrado. Parecíales cosa desatinada pensar en tal candidato, como si la dignidad episcopal, máxime cuando la realza un excepcional saber, anulara y echara por tierra todas las demás cualidades. Algo, y puede que mucho, se escondería debajo de esa peregrina extrañeza, y yo no he de probar a inquirir qué fuese. Guarde la sabiondez sus secretos bajo siete candados. Pero, en realidad de verdad, ¿no era muy explicable y aun natural que a un gran orador forense y político sucediese un gran orador sagrado? ¿O es nuevo, por ventura, el caso de ser llamados algunos Obispos a formar parte de las Academias, aquí donde pertenecieron, como individuos de número, a la de Ciencias Morales y Políticas, el famoso Fray Ceferino González, Cardenal Arzobispo de Sevilla, D. José María Salvador y Barrera, Obispo de Madrid-Alcalá, y D. Jaime Cardona y Tur, Obispo de Sión? Y si volvemos los ojos a la Real Academia de la Historia, ¿no fueron individuos de ella D. Félix Torres Amat, Obispo de Astorga, y el ya mencionado Sr. Salvador y Barrera? Pero ¿a qué buscar precedentes fuera de la Academia Española, cuando en esta misma ocupó la silla T el sobredicho Sr. Torres Amat? ¿Ni por qué disparatada regla había de estar vedado a un Obispo lograr el galardón académico?

El Sr. Eijo y Garay lo tiene harto merecido, y es de toda evidencia que por su vasta cultura científica, por su depurado gusto

literario y por su profundo conocimiento de las lenguas sabias y de diversos idiomas europeos, contribuirá muy eficazmente a *fijar* las acepciones de muchos vocablos y frases y a *limpiar* la noble y rica lengua española de las innumerables voces exóticas y mal inventadas con que tienden a adulterarla y corromperla la pereza de unos, la ignorancia de otros, y, ¿por qué no decirlo claro?, el inmoderado afán que muchos sienten de singularizarse y darse a conocer en seguida, echando por caminos más breves y menos fatigosos que el del estudio.

No son esas trochas o atajos, a buen seguro, los que frecuentó el nuevo Académico para cuyo solemne recibimiento hoy se ha engalanado la casa solariega de las letras españolas, Aun siendo tan perspicaz como es el talento con que Dios ha favorecido al Sr. Eijo, este perpetuo estudiante ha pasado y pasa lo más de su vida en la buena compañía de los libros, fieles amigos y sabios consejeros, y a fuerza de penosas vigilias, y no en la estéril y bostezadora holganza, ha llegado al honroso y elevado puesto en que le contemplamos. Si muestras sobradas no tuviésemos de los muchos quilates de su valer, harto escogida y elocuente nos la ha traído esta tarde en el hermoso discurso que acabamos de escuchar y aplaudir, esmerada y resumida historia crítica de la oratoria sagrada en nuestra patria y pieza didáctica de muy subido precio, a la cual habrán de acudir cuantos, con naturales prendas para el púlpito, quieran perfeccionarse en el ministerio delicadísimo de la predicación.

No seré yo osado a poner una pecadora pincelada mía en ese lienzo admirable, ni, contra lo que pensaba al principio, escribiré hasta un centenar de renglones acerca de la jerga o parla babilónica que algunos desaconsejados ingenios, quizá malogrando excelentes dotes naturales, quieren hacer pasar por buena habla española, no siéndolo ni por las semejas. También pensaba encarecer la suma conveniencia de no perder de vista que la claridad es lo más importante y necesario en todo escrito, porque, como decía Luis Barahona de Soto,

> "Donde no hay claridad, no hay luz, ni puede
> haber entendimiento, y entenderse,
> de haber entendimiento y luz procede."

Pero desisto de mi propósito. La fiesta de hoy pertenece toda

entera al recipiendario, y hecho ya su justo elogio, de seguro con más cariño que habilidad, termino dándole a nombre de la Academia el cordialísimo parabién por su venida, que es a todos nosotros tan grata como provechosa ha de ser para la ardua labor en que nos ocupamos.